

20 Feb 1878 37-29  
19572

**EL TEATRO.**

COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

---

QUIERO  
SER POBRE,

[ COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.

1523

**MADRID.**

ALONSO GULLON, EDITOR.

PEZ.-60.

OFICINAS: POZAS-2-2.º

1878.

L47 - 7028

# AUMENTO AL CATALOGO DE 1.º DE ABRIL DE 1877.

TÍTULOS.

Actos.

AUTORES.

Prop. que  
corresponde

## COMEDIAS Y DRAMAS.

Á las puertas del cielo.....	1	D. J. Jackson Veyan. . .	Todo.
Breton.....	1	Emilio Ferrari.....	»
Caridad y abnegacion.....	1	Sres. G. Saenz Diez y A. de Larra.....	»
Cazar con liga.....	1	D. Eduardo Inza.....	»
Contra la fuerza la astucia.....	1	Senen Lopez.....	»
Dos enemigos íntimos.....	1	E. Zamora y Caballero	»
El mejor juez, la conciencia.....	1	L. Parejo y Reina...	»
El que escupe al cielo.....	1	Guillermo Perrin...	»
El tesoro de los sueños.....	1	José Jackson Veyan..	»
El viejo Miloch ó la guerra de Servia..	1	Leopoldo Parejo....	»
Enciclopedia.....	1	Calixto Navarro.....	»
Hidalguía Castellana.....	1	Senen Lopez.....	»
La agencia matrimonial.....	1	D. <sup>a</sup> Asuncion Lozano...	»
La chaqueta parda.....	1	D. José Jackson Veyan..	»
La justicia de Dios.....	1	L. Parejo y Reina...	»
La ley del trabajo.....	1	Mariano Chacel.....	»
La morena y la rubia.....	1	Emilio Álvarez.....	»
La primera noche.....	1	Mariano Chacel.....	»
La sombra negra.....	1	E. Jackson Cortés...	»
Los obstáculos.....	1	Sres. E. Navarro y J. Es- cudero.....	»
María.....	1	D. José María Nogués..	»
Me caso.....	1	Estéban Garrido....	»
Para el corazon no hay clases.....	1	L. Parejo y Reina...	»
Quien á hierro mata.....	1	Emilio Ferrari.....	»
Quien no se vence á sí mismo.....	1	Leopoldo Parejo....	»
Soñar despierto.....	1	Leopoldo Parejo....	»
Una balsa de aceite.....	1	Pedro María Barrera.	»
Una casera modelo.....	1	D. <sup>a</sup> Asuncion Lozano...	»
Una justa literaria.....	1	D. Leopoldo Vazquez...	»
Un pollo fiambre.....	1	E. Jackson Cortés...	»
Una tempestad de verano.....	1	Julio Nombela.....	»
Un conspirador.....	1	Navarro.....	»
Un detalle de la vida.....	1	Adelardo de la Calle.	»
El jornalero.....	2	Emilio Álvarez.....	»
El señor de Manzanillo.....	2	Salvador M. Granés..	»
El sombrero del ministro.....	2	Sres. Nombela y Castillo.	»
La resurreccion de Lázaro.....	2	D. Enrique Gaspar.....	»
Para tal culpa tal pena.....	2	D. José Échegaray....	»
Para una coqueta un viejo.....	2	Miguel Echegaray...	»
Verde y madura.....	2	Sres. P. M. Barrera y E. G. Bedmar.....	»

NOTA DICHO J. R. SANCHEZ

**QUIERO SER POBRE.**

*José Rodríguez*

## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

- UN CHAPARRON DE LETRILLAS. Coleccion de poesias.
- ESTÁ LOCA. . . . . Juguete cómico, original en un acto y en v.
- LADRON Y VERDUGO. . . . . Comedia en un acto y en prosa, arreglada del francés.
- LA DOCTORA EN TRAVESURAS. Comedia original en un acto y en verso.
- LA FRUTERA DE MURILLO. . . . . Comedia original en un acto y en verso.
- EL MUNDO NUEVO <sup>1</sup>. . . . . Inocentada cómico-lírica original en un acto y en prosa.
- EL JUICIO FINAL <sup>2</sup>. (2.<sup>a</sup> edicion.) Zarzuela original en un acto y en prosa.
- LA CAZA DEL GALLO. . . . . Comedia original en tres actos y en verso.
- LA TORRE DE BABEL. . . . . Comedia original en tres actos y en verso.
- PARA DOS PERDICES, DOS (2.<sup>a</sup> ed.) Proverbio original en un acto y en verso.
- EL SUEÑO DEL PESCADOR. . . . . Zarzuela en tres actos y en verso.
- EL GORRO NEGRO. . . . . Zarzuela en un acto y en verso.
- EL JARDINERO. . . . . Zarzuela en un acto y en verso.
- LAS HIJAS DE ELENA. (3.<sup>a</sup> ed.) Proverbio original en un acto y en verso.
- LA MUJER DE TRES MARIDOS. Juguete cómico original en un acto y en v.
- ¿REPÚBLICA Ó MONARQUIA? (2.<sup>a</sup> edicion.) Problema original en un acto y en verso.
- LA LIBERTAD DE ENSEÑANZA. Comedia original en un acto y en verso.
- LA REINA DE LOS AIRES. . . . . Farsa bufa original en un acto y en prosa.
- LA MUJER LIBRE. . . . . Comedia original en un acto y en verso.
- UN EDITOR RESPONSABLE. . . . . Comedia en un acto y en verso.
- ROBINSON. <sup>3</sup> (3.<sup>a</sup> edicion.) . . . . . Zarzuela original en tres actos.
- EL POTOSÍ SUBMARINO. <sup>4</sup> (2.<sup>a</sup> edicion.) . . . . . Zarzuela cómico-fantástica en tres actos, original y en verso.
- ¡¡PALOMO!! <sup>5</sup>. . . . . Humorada lírico-bufo en un acto y en verso.
- EL NOVIO DE SU MUJER. . . . . Comedia original en tres actos y en verso.
- LA LIQUIDACION SOCIAL <sup>6</sup>. . . . . Zarzuela original en dos actos y en verso.
- EL TRIBUTU DE LAS CIEN DONCELLAS <sup>7</sup>. . . . . Opereta en tres actos original y en verso.
- EL PERCAL Y LA SEDA. . . . . Juguete cómico original en tres actos y en verso.
- LA COMEDIANTA FAMOSA. . . . . Comedia original en tres actos y en verso.
- LA VIRGEN DE ATOCHA. . . . . Drama original en tres actos y en verso.
- LAS LUNAS DEL AMOR. . . . . Juguete cómico original en un acto y en verso.
- VIVIR Á ESCAPE. . . . . Comedia original en tres actos y en verso.
- QUIERO SER POBRE. . . . . Comedia original en tres actos y en verso.

1 En colaboracion con D. Fernando Martinez Pedrosa, música de D. Luis Cepeda.

2 Música de D. Miguel Albelda.

3 Música del maestro Barbieri.

4 Música del maestro Arrieta.

5 Música del maestro Monfort.

6 Música del maestro Monfort.

7 Música del maestro Barbieri.

# QUIERO SER POBRE,

COMEDIA

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

**DON RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN.**

Estrenada en el Teatro de la COMEDIA en el mes de Febrero de 1878.

---

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 15.

1878.

PERSONAJES.

ACTORES.

ADELA.....	SRA. FERNANDEZ.
CECILIA.....	SRA. VALVERDE.
EMILIO.....	SR. AGUIRRE.
MATEO.....	SH. ZAMACOIS.
DON JUAN.....	SR. MARIO.
EL BARON.....	SR. VIÑAS.
PEPE.....	SR. RUBIO.
UN CRIADO.....	SR. N.

La accion en nuestros dias. Los dos primeros actos en casa de Emilio y el tercero en la de D. Juan.

Las indicaciones están tomadas del lado del actor.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria Lirico-Dramática, titulada El Teatro, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

*Res p. 370. lib. 29*

---

## ACTO PRIMERO.

---

Sala amueblada con elegancia. Puerta en el fondo, laterales y balcón. Neceser de lujo. Mesita con periódicos. Chimenea.

### ESCENA PRIMERA.

MATEO.

Las once de la mañana;  
estará en el primer sueño;  
el amo es de los que siempre  
se acuestan con los serenos,  
que les estorba la luz  
y hacen vida de murciélagos,  
y son pájaros nocturnos  
y no hay que fiarse de ellos.  
Y eso que el señor de Céspedes,  
acaudalado banquero,  
tiene mujer guapa y jónen  
y de virtudes modelo;  
pero nada, el principal  
es como el cura del cuento  
que era cura y no ejercía,  
y es marido... de respeto,  
y por eso sus amigos  
en el padron le pusieron:

«casado, de profesion,  
pero de oficio, soltero:»  
veré á su ayuda de cámara,  
no le pregunto hace tiempo.

## ESCENA II.

MATEO y PEPE, derecha.

MATEO. Pepe, Pepe.

PEPE. (Saliendo.) Eh?

MATEO. Buenos días.

PEPE. Muy felices, don Mateo.

MATEO. Se habrá acostado el señor  
muy tarde.

PEPE. Quiá, no por cierto,  
se ha acostado muy temprano.

MATEO. Cosa más rara! Está enfermo?

PEPE. Se ha acostado hoy á las cinco,  
más temprano...

MATEO. Ya lo creo.

PEPE. El ama salia á misa  
cuando él entró.

MATEO. Es su ángel bueno.

PEPE. El Baron le acompañó.

MATEO. Su ángel malo, le detesto.

PEPE. Con él vino en la berlina  
para irse á su casa luego,  
y al despedirse le dijo:  
«esta tarde nos veremos  
en el *saltarin*: supongo  
que será un titiritero.»

MATEO. Diría el *Skating-ring*  
ahora está en moda.

PEPE. ¿Y qué es eso?

MATEO. Patinar sobre madera  
y magullarse los huesos.  
Ea, vas á confesarte  
conmigo.

PEPE. Pero usted es lego.

MATEO. No importa.

PEPE. Y yo con los curas

- solamente me confieso.
- MATEO. Tú sabes que en esta casa soy...
- PEPE. El amo verdadero.
- MATEO. No, el gerente principal que los caudales manejo; por lo tanto no hay conmigo secreto de ningún género.
- PEPE. Me ha convencido usted, padre, pregúnteme y yo contesto.
- MATEO. Quién es la que priva ahora?
- PEPE. Pues la que está en candelero es una de muchas puntas. El Baron dijo eso al ménos.
- MATEO. Serán púas.
- PEPE. No.
- MATEO. Es ternera ó puerco espin?
- PEPE. Ni por pienso. Es bailarina del Real, un animal de los nuestros.
- MATEO. Pues tendrá puntas y púas, por eso no renirémos.
- PEPE. Se llama Virtudes.
- MATEO. Sopla, que epigrama tan sangriento.
- PEPE. El amo piensa vestirla.
- MATEO. Pues será de medio cuerpo para arriba, que en las piernas sólo se ponen rellenos.
- PEPE. Y va á llevarla á París.
- MATEO. Canario, eso ya es más sério.
- PEPE. La otra mañana el Baron le decia: «es un paseo, finges que te vas de caza y pasas un mes soberbio.»
- MATEO. Claro, y caza con huron: (aquí hay que poner remedio)
- EMILIO. (Dentro.) Pepe, Pepe.
- MATEO. El amo llama.
- PEPE. Por Dios, guarde usted el secreto.
- MATEO. Cómo se habrá levantado

tan pronto?

PEPE.

Abur.

MATEO.

Vé corriendo. (Váase Pepe.)

### ESCENA III.

MATEO.

Conque es una bailarina,  
una Venus en pernetas?  
¡Oh poder de las piruetas  
y de doblarse la espina!  
Y entre tanto la señora,  
su mujer por lo eclesiástico,  
tiene un marido fantástico  
que está fuera á toda hora,  
y la pena amarga pasa  
porque le ama con pasion,  
y es casada en el padron  
pero soltera en su casa.  
Lo que es yo bien le aconsejo,  
y hasta le gruño y le riño,  
que le conocí de niño,  
y de algo vale el ser viejo;  
mas él calla, si yo grito,  
y adelante los faroles,  
y ahora á París; caracoles,  
va enmendándose el mocito.  
No, pues si hace el maletin  
le diré: «No hay trigo en caja,  
que busque esa buena alhaja  
otro primo bailarín.»  
Aquí sale.

### ESCENA IV.

MATEO y EMILIO, derecha.

EMILIO. (Á Pepe.) Envía aquello,  
ya sabes dónde.

MATEO.

(Acertijo;  
será á Virtudes de fijo,

- que se le ha agarrado al cuello.)  
Buenos días, señorito.
- EMILIO. Hola, Mateo.
- MATEO. (Yo voy á sonsacarle.) Pues hoy sale usted á luz tempranito. Eso madrugar se llama.
- EMILIO. Á las cinco me acosté y he dado más vueltas...
- MATEO. Qué?
- EMILIO. Bailó usted sobre la cama?
- EMILIO. Que he estado inquieto.
- MATEO. Ah, comprendo.  
(Ya solté una indirectilla.)  
Cuando el sueño no se pilla siempre se está uno moviendo.
- EMILIO. (Sentándose.) (Se empeña en ir á París á un escenario más vasto, y hay que pensarlo, que el gasto no es ningún grano de anís.)
- MATEO. (Pensará en esa muñeca?)
- EMILIO. (Luégo soy tan débil yo.)
- MATEO. Se siente usted malo?
- EMILIO. No.
- MATEO. Creí que era la jaqueca.  
La mañana está muy fría y corre un grís que traspasa: hoy se quedará usted en casa siendo el día que es.
- EMILIO, ¿Qué día?
- MATEO. Qué santo será?  
No es santo.
- EMILIO. ¿Es aniversario? di.
- MATEO. Es santa Adelaida.
- EMILIO. Ah, sí,  
vírgen y mártir.
- MATEO. (Y tanto.)
- EMILIO. ¡Los días de mi mujer!  
no sé ni el mes en que vivo.
- MATEO. Como es usted tan activo y tiene tanto que hacer...
- EMILIO. Algo la he de regalar.

Dí que avisen al joyero,  
á Marzo.

MATEO. (Sí, y á Febrero.)

EMILIO. Que traiga joyas.

MATEO. (La mar!)

Y á la hora del almuerzo  
cuando estén de sobremesa,  
entro yo con la sorpresa  
diciendo: «ahí va ese resfuerzo.»

EMILIO. No almuerzo aquí, cabalmente  
hoy se abre el *Skating-ring*,  
L. Sociedad del Patin,  
y almorzamos más de veinte.

MATEO. Bueno, será á la comida.

EMILIO. No, tampoco puede ser,  
voy á Fornos á comer,  
el Presidente convida.

Fundamos hace años hoy  
la Sociedad de la Liebre,  
y quieren que se celebre  
comiendo, por eso voy.

MATEO. Pero está usted en sociedad  
con todos.

EMILIO. Qué le he de hacer.

MATEO. Sí, ménos con su mujer,  
que tiene prioridad.

Pues va á sentirlo muchísimo  
la señora: ya creía...

EMILIO. El suspenderlo sería  
un trastorno.

MATEO. Sí, grandísimo.

EMILIO. Y lo siento.

MATEO. Lo supongo.

La pobre pasa una vida  
tan triste y tan aburrida:  
sola siempre como un hongo.

EMILIO. Yo nunca cuentas la pido,  
que gaste y tire á su antojo;  
¿qué la falta?

MATEO. Pues es flojo,  
lo principal, su marido!

EMILIO. Eh, que se te van los piés

y de mi bondad abusas.

MATEO. Perdon.

EMILIO.

Sí, pide ahora excusas,  
y hazme la guerra despues.  
En vez de calmar á Adela  
si está con cara de enfado,  
porque no estoy á su lado  
como un chiquillo de escuela,  
la harás coro hecho un erizo,  
y me llamarás voluble,  
porque el lazo indisoluble  
lo hago nudo escurridizo;  
y encomiarás con calor  
las dulzuras del hogar,  
pretendiendo parodiar  
al diablo predicador.

MATEO.

Aunque por nada me pico,  
señorito, en serio hablo,  
yo no soy santo ni diablo,  
pero hago lo que predico.  
Fuí marido, y muy casero,  
y de ello no me abochorno,  
y no un marido de adorno,  
seductor y callejero.  
Ya venia al escritorio  
y trabajaba á destajo,  
mas cuando no de trabajo  
era un dia de jolgorio,  
y enamorada pareja  
íbamos yo y mi costilla  
á comer una tortilla  
á la Fuente de la Teja.  
No nos pesaba la cruz  
y éramos sobre la tierra  
carta y sello y no de guerra,  
uña y carne, sombra y luz.  
Qué más, yo fui nacional  
y fusilero del sexto;  
yo era entónces por supuesto  
inocente y liberal;  
pues bien, siempre mi Manuela  
conmigo la guardia hacía

y su mamá me decía:  
¿hace por tí centinela?  
Estaba ya tan pesada  
que me fué una tarde á ver;  
y al mirarla aparecer  
«cabo, grité, fuerza armada.»  
Manuela y yo ni un instante  
pensamos en el cordel;  
y nuestra luna de miel  
no tuvo cuarto menguante.  
Veinte años há que me falta  
y que solo me contemplo,  
mas como he dado el ejemplo  
puedo decir en voz alta:  
«Soy protector decidido  
de toda pobre mujer  
que se queje de tener  
por huesped á su marido,  
su virtud poniendo á prueba,  
que aunque el esposo se enoje,  
fruta que el amo no coge  
el pájaro se la lleva.  
Y así pasa lo que pasa,  
y entra en la danza un tercero,  
y el marido novillero  
tiene novillos en casa;  
y luégo al verse cogidos  
por olvidar sus deberes,  
dicen ellos: «que mujeres»  
y yo grito: «que maridos!»  
Ora pro nobis y amen.

EMILIO.

Vé á predicar á otra parte;  
chocheas y hay que dejarte.  
(Claro, no se le sabe bien.)

MATEO.

EMILIO.

Entre los dos me aburris.

MATEO.

Es con el mejor deseo.

Me voy.

EMILIO.

(Ah, el viaje.) Mateo,  
yo tengo que ir á París.

MATEO.

(Comprendo, á matar la araña.)

EMILIO.

Y pienso marchar muy pronto.

MATEO.

Hace usted bien. (Me haré el tonto,

- si no con todo rebaña.)  
Manda usted algo, me retiro.
- EMILIO. Qué fondo hay en caja.  
MATEO. (¡Ay!  
esto es lo malo.) Pues hay  
lo preciso para el giro.
- EMILIO. Cómo es eso? yo creí...  
MATEO. Hay letras que no han vencido!  
EMILIO. Mas ya caigo; habrás cumplido  
las órdenes que te dí  
de que con anuencia mia  
cuanto realizar pudieras  
en la casa lo impusieras  
de Thomson y compañía.
- MATEO. Sí, justo.  
EMILIO. En la Estrella azul,  
sociedad inter-océánica,  
la gran empresa británica  
que reside en Liverpool.  
Te oponías al principio  
y es buena especulación.  
Fué un empeño del Baron.  
MATEO. (El Baron no pierde ripio.)  
EMILIO. Qué hora es?  
MATEO. Las doce dan.  
EMILIO. Yo estoy en retraso, horror,  
como eres tan hablador...  
Pepe, el sombrero, el gaban.

### ESCENA V.

DICHOS y ADELA, fondo.

- ADELA. Santos y muy buenos dias.  
MATEO. Muy buenos nos los dé Dios.  
EMILIO. Adela.  
ADELA. Feliz encuentro  
¿cómo tan madrugador?  
EMILIO. Que los tengas muy felices.  
mateo me recordó...  
MATEO. Sí, yo he sido su almanaque.  
ADELA. Te marchas ya?

- EMILIO. Sí, me voy.  
ADELA. Te espero á almorzar.  
EMILIO. No puedo.  
ADELA. Y á comer te aguardo?  
EMILIO. No.  
Mateo sabe la causa.  
Son compromisos de honor.  
Las exigencias sociales;  
uno tiene precision  
de cumplir con los amigos  
y la gente *com'il faut*.  
ADELA. Haces bien.  
EMILIO. Te traerán luego  
aderezos de valor,  
escoge los que te agraden  
y puedes lucirlos hoy.  
ADELA. Gracias.  
MATEO. (Sí, mucho aderezo  
y poca ensalada.)  
EMILIO. Adios.  
ADELA. Que te diviertas.  
EMILIO. Ah, encarga  
á Binder otro landó;  
compra otro tronco de yeguas,  
inglesas son de rigor,  
quiero que eclipses á todas  
en lujo y ostentacion.  
ADELA. Si tú te eclipsaras ménos  
sería mucho mejor.  
MATEO. (Anda, toma astronomía.)  
EMILIO. Huy, que retrasado estoy.  
Abur.  
ADELA. Hasta que Dios quiera.  
MATEO. Mucho tiene que hacer Dios.  
(Emilio se va por el fondo.)

## ESCENA VI.

ADELA y MATEO.

ADELA. (Otro día en el desierto;)

- es bonita diversion.)  
MATEO. (Pobrecilla, me da pena;  
una jóven como un sol  
pospuesta á una bailarina  
de pirueta y tropezon.)
- ADELA. (Y si bien lo considero  
un ídolo chino soy  
sola entre joyas y perlas  
muy formal en mi sillón.)
- MATEO. Señorita, hoy hace frío,  
echo leña al fuego?
- ADELA. No,  
que todos los dias hace  
Emilio esa operacion.
- MATEO. Señorita, yo quisiera  
ser buen cómico ó tenor,  
ó tocar bien el piano  
ó el cornetín ó el fagot  
para poder distraerla  
y quitarla el mal humor.
- ADELA. No, pues segun mi marido  
no debo quejarme yo,  
que nada me falta, excepto  
mi buen marido y señor,  
y puedo por la ventana  
tirar un millon ó dos,  
mas no hacer que por la puerta  
entre él en mi habitacion.  
Juzga como tantos otros  
que del escándalo en pos  
á mujeres colizables  
dedicaron su pasion,  
que la esposa honrada y digna  
que su hogar en nobleció,  
nada quiere para el alma,  
todo para el exterior,  
y que una honesta caricia  
equivale á un medallon,  
y un abrazo á un aderezo  
y una mirada á un reló,  
como si una no sintiera  
la fuerte palpitation

de algo que á gritos nos pide  
correspondencia y amor,  
y no piedras más heladas  
que el helado corazon,  
del esposo que abandona  
el tesoro de su honor.

MATEO. Bravo, está usted inspiradísima.

ADELA. Gracias, estaré hoy en voz.

MATEO. Despues de todo es el caso  
que sin hacerle favor  
el señorito en el fondo  
es un bendito de Dios,  
y por eso cabalmente  
es débil de condicion  
y todo el mundo le explota.

ADELA. Todo el mundo menos yo,  
por eso quiero ser pobre  
ó bajar de posicion  
como te digo mil veces  
de las que aburrída estoy.  
Si es verdad que las riquezas  
quitan al alma el calor  
y es cual violeta la dicha  
que huye de la luz del sol,  
Emilio, á quien por ser rico  
traen todos hecho un peon.  
si le faltára la cuerda  
que le hace andar tan veloz,  
de seguro sufriría  
más desengaños que Job,  
y estando más en casa  
por el natural rubor,  
y al tratarme más de cerca,  
tengo yo la presuncion  
de que muy pronto á mis plantas  
diría el yo pecador.  
¿Creerás que desearía  
hacer el ensayo?

MATEO.

Oh!

no quiera Dios que tengamos  
un disgusto tan atroz.  
Quebrar la casa de Céspedes

que está tan boyante hoy,  
es casi un sueño.

ADELA.

Ay, en sueños

anoche mismo tronó.  
Como es idea que fija  
está en mi imaginacion,  
tuve el gran gusto de verla  
realizada á mi sabor.  
Soñé que Emilio y yo estábamos  
muy sentaditos los dos  
en el quicio de una puerta  
enfrente de un cazolon.  
Él con su blusa y su gorra  
era un albañil de pró,  
y yo su digna parienta  
de alto moño y pañolen.  
Debíamos ser muy pobres  
ó poco hambrones si no,  
que en la cazuela no había  
más que garbanzos y arroz.  
Cada cual con su cuchara  
se agenciaba su racion,  
y entre bocado y bocado  
me echaba Emilio una flor.  
—«Salada, hermosa, bendita—  
¡qué boquita de piñon!—  
y era una comida espléndida  
y una bendicion de Dios,  
porque aquello era atracarse  
de garbanzos y de amor.

MATEO.

Y yo no estaba en el cuadro?

ADELA.

Ya lo creo.

MATEO.

¿De miron?

ADELA.

Pasaste vendiendo agua.

MATEO.

Tambien yo bajé á aguador?

Pero calle, lo recuerdo,  
gritaba en tono chillon:  
«ahora sí que viene fresca,  
«quién quiere otro.»

ADELA.

Pero adios,

desperté y ya con el sueño  
mi felicidad huyó,

- y volví á cerrar los ojos,  
mas no volvió la ilusion.
- MATEO. Tambien usted, señorita,  
se complace en su dolor,  
y al tiempo conforme viene,  
dice el refran español.  
Si el señorito anda suelto  
y se divierte al vapor,  
distráigase usted igualmente,  
y es la pena del talion:  
vaya usted á paseo, al teatro.
- ADELA. Sola, dándome charol?
- MATEO. Busque usted amigas.
- ADELA. No tengo.
- MATEO. Ni siquiera de pension?
- ADELA. Una tenía muy íntima  
que era Cecilia Amorós:  
no te acuerdas, una rubia  
de un genio alborotador.
- MATEO. Diga usted, qué ha sido de ella?
- ADELA. Se fué con su padre á Alcoy.  
y hace años que se ha casado  
con el señor de Muñoz,  
empleado de Fomento;  
yo no sé por qué razon,  
le di parte de mi boda  
pero no me contestó.
- MATEO. Señorita, me deleita  
mucho su conversacion  
mas voy...
- ADELA. Por los aderezos?  
así tendré veintidos,  
y seré un escaparate  
de joyero y dorador.
- MATEO. Pero hoy saldrá usted á paseo.
- ADELA. Como quieras. (Se empenó.)
- MATEO. Antes de quince minutos  
está á la puerta el milord.  
Hasta luégo.
- ADELA. Adios, Mateo.
- MATEO. (Nada; un cernícalo soy  
si no pienso un medio heróico)

de salvar la situación.)  
(Se va por el fondo.)

### ESCENA VII.

ADELA.

Leeré para hacer algo;  
á mano tengo periódicos.  
—«Unámonos todos.»—Bueno,  
esto no va con nosotros.  
—«Modas, para las casadas  
se recomienda en otoño...  
y en todo tiempo el marido;  
yo el mio no me lo pongo.  
—«En Canarias han quedado  
«cesantes cuarenta y ocho  
empleados de Fomento.»—  
Canario, vaya un destrozo.  
Eso es fomentar el hambre.—  
«Entre ellos se encuentra el probo  
y entendido funcionario  
don Juan Muñoz y Redondo.»  
—El marido de Cecilia,  
pobrecillo, yo conozco  
al ministro y le hablaré  
y le repondrá muy pronto.  
(Levantándose.) Ea, dice bien Mateo,  
el salir es mi negocio;  
hoy voy á echarme á la calle  
lo mismo que un demagogo.  
Haré el programa. Visitas,  
murmuraciones, piropos,  
á comer, y al Real despues;  
va á ser un dia redondo.  
(Bostezando.) Lo que voy á divertirme,  
hay para estallar de gozo.  
Voy al tocador.

### ESCENA VIII.

ADELA y un CRIADO.

CRIADO.

Señora.

- ADELA. Qué ocurre?  
CRIADO. El Baron del Olmo quiere saludar á usía.  
ADELA. (Ya está en el redil el lobo. Aunque no reza el programa la visita de un Tenorio, le recibiré, y me entero de los asuntos del otro.) Dile que pase.  
CRIADO. Está bien. (Váase el Criado.)  
ADELA. Pues serenidad y aplomo.

### ESCENA IX.

ADELA y el BARON.

- BARON. (Fondo.) Adela, á los piés de ustedé.  
ADELA. Baron, beso á ustedé la mano.  
BARON. Y Emilio?  
ADELA. Listo y tan sano, salía cuando yo entré.  
BARON. Es muy posible que fuese corriendo al almuerzo; pues sabe ustedé qué almuerzo es?  
ADELA. Sí. (Qué almuerzo será ese?)  
BARON. El Skating-ring lo da.  
ADELA. Pero ustedé tambien es socio.  
BARON. Sí, mas tenía un negocio de mucha importancia.  
ADELA. Ya.  
BARON. Estaba muy á trasmano, y por ser tarde no fuí.  
ADELA. (Claro, no fué tarde allí por venir aquí temprano.)  
BARON. Adela, tampoco olvido que ustedé sus dias celebra.  
ADELA. (Y quieres pegar la hebra en ausencia del marido.) Agradezco á ustedé el recuerdo.  
BARON. Ver á ustedé tanto me agrada...  
ADELA. Que si no fuera casada diría ustedé «aquí me pierdo.»

- BARON. Sí, justo...
- ADELA. (Ya le paré.)
- BARON. De su ingenio hace usted alarde.  
¿Y qué, no irá usted esta tarde  
á ver patinar?
- ADELA. No sé.
- BARON. Es la *patinomanía*,  
hoy va la elegancia toda;  
es primer día de moda.
- ADELA. Se desnucan ese día?
- BARON. Todo el mundo, francamente,  
dice, y conviene conmigo,  
que Emilio es un buen amigo,  
muy bromista y muy corriente,  
mas de conocer no deja  
que, teniendo una mujer  
como usted, era su deber  
cuidar más de su pareja.  
Aunque no sea un delito  
peca de superficial;  
esa es la voz general.
- ADELA. (Qué amigos tienes, Benito.)
- EMILIO. Mil veces le he dicho yo:  
(duce el tesoro que tienes,  
que ese es de todos tus bienes  
el más chico y *comm'il faut*  
que Adela reúne en sí  
belleza, trato simpático,  
bondad, aire aristocrático,  
talento, gracia y esprit.)
- ADELA. Bien por el bombo, Baron,  
lo toca usted sin rival,  
para la orquesta del Real  
era usted una adquisición.
- BARON. Señora, aunque usted revele  
en su rostro alegre calma,  
usted está enferma del alma.
- ADELA. Yo?
- BARON. Sí.
- ADELA. Pues nada me duele.
- BARON. Usted necesita amor,  
que para el alma es preciso,

- y yo soy...
- ADELA. (Levantándose.) Con su permiso  
me retiro al tocador.  
Pude al amigo escuchar,  
que me hizo reír bastante,  
mas ay! si sale el amante  
voy á tener que llorar.  
Y Emilio estará deshecho  
aguardando á usted.
- BARON. No tal.
- ADELA. Usted es su hermano carnal,  
vamos, su ojito derecho.
- BARON. Creerá usted que yo le excito  
á esa vida de extramuros?
- ADELA. Los hechos son los seguros,  
y á los hechos me remito.
- BARON. Pues no una vez sino mil  
su conducta critiqué,  
y yo le prometo á usted  
volver la oveja al redil.  
Y le tendrá usted á su lado,  
y hasta vendré yo con él.
- ADELA. Ay, no haga usted ese papel,  
que es bastante desairado.
- BARON. Por usted, qué no haré yo?
- ADELA. Todo, ménos una ofensa.
- BARON. Cómo, señora, usted piensa?...
- ADELA. Que la visita acabó. (Váse izquierda.)

## ESCENA X.

BARON.

Lo toma por lo sarcástico  
y por el lado mordaz,  
y así oculta su despecho  
y lo ofendida que está;  
pero yo, que he dado pruebas  
de conquistador tenaz,  
no dejo el sitio y aguardo,  
que al fin capitulará.  
Nos sentaremos. *La Época,*

el diario de la *high life*.  
—«Aún la paz no se ha firmado.»  
—«Ya se ha firmado la paz.»—  
—«Es cierta la bancarrota  
»de la casa comercial  
»de Thomson y compañía;  
»es gran pánico el que hay.»—  
(Levantándose.) Canario, la cosa es grave,  
y yo que con tanto afán  
á Emilio pedí que en ella  
impusiera su caudal.  
Quise servir á un agente  
que envió la sociedad,  
el cual me prestó *una prima*  
que pronto suegra será.  
Si ha seguido mis consejos  
el golpe va á ser mortal;  
le preguntaré; es posible  
que aún le podamos parar.

## ESCENA XI.

BARON y EMILIO, por el fondo.

- EMILIO. (Hablando con un criado.)  
Avisa al punto á Mateo  
y que no recibo, estás?
- BARON. Pero á mí sí me recibes.
- EMILIO. Hola, pareciste ya?  
Bonitas partidas juegas.  
¿Cómo no fuiste á almorzar?
- BARON. Se me hizo muy tarde.
- EMILIO. Alguna  
aventurilla quizás...
- BARON. Quién sabe.
- EMILIO. Chico, tú eres  
un don Juan con levisac.  
Segun me ha dicho Pepito,  
que he encontrado en el portal,  
se suspende la comida  
de la gente de cazar.

- BARON. Bien: quisiera preguntarte,  
tengo una curiosidad.
- EMILIO. El almuerzo ha sido espléndido,  
yo llegué casi al final.
- BARON. Tú has impuesto algunos fondos?
- EMILIO. Dónde?
- BARON. En esa sociedad  
de Liverpool, oceánico-  
inglesa-internacional.
- EMILIO. Pregúntaselo á Mateo,  
aunque me haces recordar  
que hoy me ha hablado de eso.
- BARON. ¿Y qué?  
(Ay Dios mio, qué ansiedad!)
- EMILIO. Toma, que cumplió las órdenes  
que le dí, era natural;  
me lo aconsejaste mucho,  
yo se lo mandé y en paz.
- BARON. (Ay, se ha arruinado!)
- EMILIO. Qué tienes?
- BARON. Un calambre que me da.
- EMILIO. Oye, chico, en el tramvía  
hallé á una mujer sin par.  
Me subí á él en lo último  
de la calle de Alcalá,  
y al sentarme ví á mi lado  
á una rubia angelical:  
empecé á ponerla varas,  
y despues quise pagar  
por ella, pero se opuso  
con una cara de agraz...  
Luégo en la Puerta del Sol  
la dije al bajar detrás:  
—¿Quiere usté que la acompañe,  
que se puede extraviar?  
—Y me respondió al momento  
y con mucha urbanidad,  
«caballero á la derecha,  
que á la izquierda hay barro.»
- BARON. Ah!
- EMILIO. Llovía?  
Qué, estaba seco;

fué una indirecta no más;  
tomó un coche, tomé yo otro  
por pura tenacidad,  
pero pasaba un entierro  
y el mio no pudo andar,  
y fué imposible seguirla  
y se escurrió y héme acá.

BARON. No me sostienen las piernas,  
yo me tengo que sentar.

EMILIO. Pero tú no estás en caja.

BARON. (En la caja el mal está.  
No puedo más, me hace daño  
ver al pobre tan jovial.)

EMILIO. Pero, chico, ya hablas solo?

BARON. Hasta mañana.

EMILIO. ¿Te vas?  
Quédate á cenar conmigo  
y mi adorada mitad.

BARON. (Todos lo mismo.) Es que...

EMILIO. Nada,  
te secuestro, perillan.

## ESCENA XII.

DICHOS, MATEO y un CRIADO con estuches.

EMILIO. Quién llega? Mateo.

MATEO. El amo!  
Deje usted ahí esos estuches  
y vuelva. Los aderezos. (Váse el criado.)

EMILIO. Para que elija el que guste  
mi mujer, los manda Marzo.

BARON. (Pero lo que aquí más me urge  
es que lo sepa Mateo;  
le daré el papel de ocultis.)

## ESCENA XIII.

DICHOS y ADELA, por la izquierda.

ADELA. (¡Emilio de vuelta!)

EMILIO. Adela,

- te iba á llamar.
- ADELA. ¿Qué te ocurre?  
Estás malo?
- EMILIO. No, á Dios gracias,  
quiero que á elegir me ayudes.
- ADELA. Siguen lloviendo aderezos,  
cuándo acabará la nube!
- BARON. (Dándole el periódico con las manos en las espaldas.)  
Eh, Mateo, (no me entiende.)  
Tome usted.
- MATEO. (¡Qué hace este apunte,  
me está quitando las moscas?)
- BARON. (¡Qué torpeza! Me consume.)
- EMILIO. Este de perlas. (Enseñándole un aderezo.)
- ADELA. Ya tengo.
- BARON. Hombre, que la casa se hunde.
- MATEO. Sí!
- BARON. Lea usted. (Dándole el periódico.)
- ADELA. Son bonitos.
- EMILIO. Este no me lo rehuses.
- MATEO. (Leyendo.) «Se vende un milord usado  
»y á medio estrenar un duque.»  
Estos sí que se han hundido.
- BARON. Quiero que usted se lo anuncie.
- ADELA. Color esperanza, bueno.
- BARON. Lea usted y no se trabuque.  
«Ha quebrado en Liverpool,»  
claramente se deduce  
que si esa casa ha tronado  
lo que es esta de *profundis*.

#### ESCENA XIV.

DICHOS y un CRIADO.

- CRIADO. El milord de la señora.
- ADELA. Voy.
- EMILIO. Te vas y yo me quedo?
- ADELA. Acompañarte no puedo,  
tengo que salir ahora.  
Cómo ha de ser? también yo

tengo asuntos muy precisos:  
amigas y compromisos  
de la gente *comm'il faut*.  
Cómo fuera, conque así  
que te diviertas deseo.

EMILIO. Pero, Adela, ese es un feo.

ADELA. El Baron te queda ahí,  
que te haga reir.

EMILIO. Se va!

BARON. Señora...

EMILIO. Pero oye.

ADELA. Adios.

EMILIO. Y nos quedamos los dos?

BARON. Pues, papando moscas.

MATEO. (Como asaltado de una idea.) Ah!

(Cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

REVISTA

REVISTA

El primer número de la revista se publicó en el mes de...

CONTENIDO

Este número contiene los artículos de los señores...

---

## ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

### ESCENA PRIMERA.

PEPE.

Ha perdido la cartera,  
y ya registré en su cuarto,  
mas no parece; Dios sabe  
dónde se la habrá dejado.  
No es fácil que en esta sala,  
que es una pieza de paso,  
se le haya caído; en fin,  
yo la seguiré buscando,  
y con decir no la encuentro  
ya he ganado mi salario:  
eh, viene visita; entónces  
no busco más y me marcho.  
(Se va por la derecha.)

### ESCENA II.

CECILIA y JUAN.

Entran por el fondo, y se supone que hablan con un  
criado.

CECILIA. Pues si está en el tocador

- que no le pasen recado,  
que somos de confianza  
y en esta sala esperamos.
- JUAN. Yo no lo soy.
- CECILIA. Mis amigas  
son tus amigas.
- JUAN. Exacto.
- CECILIA. Adela es una persona  
de un trato agradable y franco.  
Ya verás cómo te gusta.
- JUAN. No digo yo lo contrario.
- CECILIA. Nos queríamos muchísimo.
- JUAN. Cuánto hace de eso?
- CECILIA. Diez años.
- JUAN. De entónces acá, Dios sabe  
si habrá sufrido algún cambio.
- CECILIA. No lo creo; de seguro  
al verme se echa en mis brazos,  
recordando aquellos tiempos  
que por desgracia pasaron.
- JUAN. Pues lo chistoso sería  
que viviendo entre este fausto  
y en un mundo tan distinto  
del que nosotros estamos,  
se hubiese entonado un poco  
y muy serios la aguardásemos  
creyendo que iba á decirnos:  
«mil gracias por el buen rato,»  
y nos recibiese tiesa  
y más fria que un carámbano.  
Tendría gracia.
- CECILIA. Á tí todo  
te hace mucha gracia.
- JUAN. Es claro,  
me la hace mi cesantía,  
conque ahora no me propaso.
- CECILIA. Ay, Juan, te envidio tu genio  
tan calmoso y tan linfático.
- JUAN. Teniendo á tí, hija mia,  
lo demas me importa un rábano.
- CECILIA. Pues mira, cuando en Canarias  
me dijiste: «á este canario

le han limpiado el comedero  
y hay que volar á otro árbol,  
si cojo al Ministro entónces,  
que te trató como á un pájaro,  
yo no sé lo qué le digo,  
pero si lo que le hago.

JUAN. Ya sabes que soy filósofo.  
En España el empleado  
sólo tiene dos sistemas  
para afrontar los chubascos.  
Ó tomar un berrenchin  
cada vez que sufre un palo  
y enfermar luégo del hígado  
y morir achicharrado,  
ó decir con mucha flemma  
al leer el real despacho:  
«son percances del oficio,  
y ya me iré á acostumbrando,  
lo mismo que el picador  
que á fuerza de batacazos  
al dar contra la barrera  
se piensa que cae en blando:  
y yo estoy por el segundo,  
que es el mejor y más práctico,  
y cuando estoy en el suelo  
tan solo de alzarme trato.

CECILIA. Pues yo cuando estás cesante  
me doy á todos los diablos,  
porque soy peor que tú  
y tengo el genio más áspero.

JUAN. Oh, si tú eres una tigre,  
una leona.

CECILIA. No tanto.

JUAN. Por fuera, y eres por dentro  
una borreguita andando,  
y cuando falta la nómina  
y escasea el numerario,  
sacas la máquina *Singer*  
y ayudas para el garbanzo,  
y eres casera económica  
poco amiga de los trapos,  
y tomaste el matrimonio

como yo por todo lo alto.  
CECILIA. Ese es mi deber.

JUAN.

Ay, hija,  
en los tiempos que alcanzamos  
el cumplir con su deber  
es un hecho extraordinario,  
y las casadas modelos  
que hacen honor á San Pablo  
son como los perros de aguas,  
que ya se van acabando.  
Por eso aunque yo he sufrido  
diez arreglos, seis traslados,  
tres cesantías mortales  
y varios sustos y amagos,  
como tú no te amilanas  
yo tampoco me amilano,  
y séguimos adelante  
y nunca se atasca el carro.  
Podrá un Ministro decirme  
con más ó ménos preámbulos:  
«le declaro á usted cesante,»  
que es situacion de reemplazo,  
quedando muy satisfecho  
cuando á uno le deja harto  
de su celo, inteligencia,  
actividad ó amor patrio,  
más jamás podrá decir:  
«declaró á usted relevado  
del cariño de su esposa  
y los divorcio en el acto.»  
Chica, *l'union fait la force*.  
Conque así, Cecilia, unámonos  
contra el comun enemigo,  
que es el Ministro del ramo.  
¿Para que se casa uno  
y se parte en dos pedazos;  
por tener con quien rabiar  
ó á quien contar sus trabajos?  
El tiempo conforme viene:  
que luce el sol; á tomarlo,  
que hay vendabal, agarrarse  
para no venir abajo.

- Tú me quieres, yo te quiero,  
conque paso redoblado,  
y aquí me meto que llueve,  
y he dicho y aprieta manco.
- CECILIA. Hombre, ten formalidad,  
no estás en casa.
- JUAN. Fué un lapsus,  
pero á nadie dí dentera,  
porque nadie se ha enterado
- CECILIA. Pero mi amiga no sale.
- JUAN. Y el planton va siendo largo.
- CECILIA. Llamaré.
- JUAN. Como tú quieras.
- CECILIA. Se oye hablar.
- JUAN. Y es voz de bajo.
- CECILIA. Tal vez sea su marido.
- JUAN. Sí, pues á ser diplomáticos.

### ESCENA III.

DICHOS y EMILIO, derecha.

- EMILIO. (Que se supone habla con el criado.)  
Lleva á casa del Baron  
los avíos de cazar  
y al que me venga á buscar  
que me fuí de expedicion.  
Á París me voy tan fresco.  
Eh, visita, no sabía.  
(Huy, la rubia del tramvía.)
- CECILIA. (Á Juan.) Mi seductor tramviesco.
- EMILIO. Señorita, servidor.
- CECILIA. No soy señorita ya,  
sino señora.
- JUAN. Ajajá,  
señora de este señor.
- EMILIO. Yo celebro... (Y qué hace aquí?  
es un lance de novela.)
- CECILIA. Usté es marido de Adela?
- EMILIO. El mismo.
- CECILIA. Lo presumí.

Pues veníamos á verla.

EMILIO. No sé si está: llamaré. (Toca el timbre.)

CECILIA. Está; ya lo pregunté;  
mas quería sorprenderla.

JUAN. Y no la pasó recado,  
y estamos aquí en acecho  
viendo si sale.

EMILIO. Mal hecho.

CECILIA. Era un capricho.

#### ESCENA IV.

DICHOS y un CRIADO.

El Criado aparece en el fondo.

EMILIO. Ah, el criado!

Di á la señora que aquí  
la está esperando una amiga.

CECILIA. Una amiga no, que diga  
que la llama usted?

EMILIO. Yo?

CECILIA. Sí.

Sorprenderla es mi deseo.

Salé.—¿Quién?—Mira.—Ah!—«Tú!»—Yo!

—«Cecilia.»—Adela.—*Tableau*,  
y abrazos y besuqueo.

EMILIO. Corriente. (Es encantadora.)

JUAN. Tiene gracia, manda ya  
como en casa.

EMILIO. Bien está,  
obedece á esta señora.

(Váse el Criado izquierda, y vuelve á salir á poco, yéndose fondo.)

#### ESCENA V.

DICHOS, ménos el CRIADO.

CECILIA. Gracias.

EMILIO. (Se sientan.) Oh! (Es que tiene chiste.)  
Vienen ustedes...

- CECILIA. De fuera.
- JUAN. Justo, de una canariera  
en que ya no dan alpiste.  
Llegamos hace unos días  
de Canarias.
- EMILIO. Ah!
- JUAN. Difuntos;  
caímos catorce juntos  
por cuestión de economías.  
Yo hablé á mi primo Jerónimo  
para volver á la nómina,  
porque siempre es una andrómina  
ser un empleado anónimo.  
Habla con mucha elocuencia  
y es todo un ministro en ciernes,  
como que todos los viernes  
toma thé en la Presidencia.
- CECILIA. Para hacer la digestion  
que no hacemos las demas.
- EMILIO. (Qué graciosa.)
- CECILIA. Ya verás.  
como sale remolon.
- EMILIO. Yo tengo algun valimiento  
y á hablar por usted me obligo,  
porque soy íntimo amigo  
de un director de Fomento.
- JUAN. De mi ramo cabalmente.
- CECILIA. Mucho mejor.
- JUAN. Suerte fué,  
pues ya me he cosido á usted  
como hace un buen pretendiente.  
Yo á un clavo ardiendo me agarro.
- CECILIA. Si me sigue usted...
- EMILIO. (Huy, se acuerda!)
- CECILIA. Ya no le diré á la izquierda  
porque á la derecha hay barro.
- EMILIO. Fué broma.
- JUAN. Estoy enterado;  
si me lo contó mi esposa.
- EMILIO. Y crea usted...
- JUAN. Hombre, no es cosa  
de ponerse colorado.

La quiso usted acompañar  
muy arrimado á la cola:  
respondió mejor voy sola,  
con que ya no hay más que hablar.  
Mil veces lo mismo oí  
en mis tiempos de conquistas  
de las tímidas modistas  
que acompañar pretendí. (Se rien.)

EMILIO. (Se burla de mí esta gente?)

Pareja más singular!

Me voy. (Se levantan.)

CECILIA. Nos va usted á dejar?

EMILIO. Sí, tengo un negocio urgente.

### ESCENA VI.

DICHOS y ADELA, por la izquierda.

ADELA. Me llamas, Emilio?

CECILIA. No.

ADELA. Quién...

CECILIA. Mira, si no estás ciega,  
ven á mis brazos, borrega.

ADELA. Cecilia.

CECILIA. Adela. (Se abrazan.)

JUAN. (Á Emilio.) El *tableau*.

La llama borrega.

EMILIO. Y qué?

JUAN. Que tiene usted buena estrella,  
y si la borrega es ella  
el borrego será usted.

EMILIO. Claro, es usted muy bromista.

JUAN. Soy jocosos por instinto.

CECILIA. Repite que no me pinto.

ADELA. Siempre tan guapa y tan lista.

CECILIA. Puesto que se ha concluido  
esta primera expansion,  
te haré la presentacion  
de mi señor y marido,  
don Juan Muñoz y Redondo,  
tan cesante como honrado,  
que á Canarias fué empleado  
y ha dado en Canarias fondo.

- ADELA. Tengo un inmenso placer...  
JUAN. Y yo una satisfaccion.  
CECILIA. Á este otro santo varon  
ya le debes conocer.  
ADELA. De vista. (Con intencion.)  
CECILIA. Ya lo pensé.  
ADELA. Es claro, son el pan nuestro;  
por supuesto, hoy te secuestro.  
CECILIA. Horror.  
ADELA. Lo mismo que á ustedé.  
JUAN. Bien, pero ustedes tendrán  
formado el plan para hoy.  
ADELA. Yo sin compromiso estoy  
y no tengo ningun plan.  
JUAN. Tal vez su señor marido  
quiera lucir á su esposa  
como es muy justo, y no es cosa...  
ADELA. No, con él ya me he lucido.  
EMILIO. Me voy de caza unos dias.  
JUAN. Mayor ó menor?  
EMILIO. No sé.  
ADELA. Pues acompañele ustedé.  
EMILIO. (Uy!)  
CECILIA. Así te distraías.  
JUAN. Hace años fui á cazar  
y cuatro liebres cogí;  
cuatro caidas que dí  
que me pude reventar.  
No me expongo yo á un fracaso.  
EMILIO. No se viene ustedé conmigo?  
JUAN. Sí.  
EMILIO. Veremos á ese amigo.  
(Saldré cuanto ántes del paso.)  
CECILIA. Nos protege y va á Fomento  
á hablar con un director.  
ADELA. Hombre, sí, hazlo con calor.  
CECILIA. Y socorra ustedé á un hambriento.  
EMILIO. Le diré que sea franco.  
Conque vamos.  
JUAN. Ah!  
EMILIO. Qué pasa?  
JUAN. No ofreci á ustedes mi casa.

- Tesoro, seis, sotabanco.  
CECILIA. Quizá San Pedro nos cobre.  
Ya ves qué epigrama, chi ca,  
en una calle tan rica  
habitar gente tan pobre.  
JUAN. Calle rica?  
EMILIO. Caballero...  
(Este hombre habla más que un loro.)  
JUAN. Te engañas: si en el Tesoro  
es donde hay ménos dinero.  
EMILIO. Pero viene usté ó no viene?  
JUAN. Abur. (Haciendo ademán de abrazar á su mujer.)  
CECILIA. Uy, iba á abrazarme.  
JUAN. Es mi costumbre al marcharme.  
ADELA. Qué buenas costumbres tiene.  
EMILIO. No lo deje usté por mí.  
(Pero qué par de pichones.)  
JUAN. Pido á ustedes mil perdones...  
ADELA. No hay de qué.  
JUAN. Si me excedí.  
CECILIA. Tu esposo lo mismo hará.  
ADELA. Sí, á veces.  
CECILIA. Pues, caballero,  
abrázela usté primero,  
y aquí se repetirá.  
Un abrazo nunca sobra.  
EMILIO. Pero si es una tontera.  
ADELA. Dame un abrazo siquiera  
por no hacerles mala obra.  
JUAN. Se va usté á hacer de rogar?  
EMILIO. (Esto ya no tiene nombre.)  
Adios, hija. (Abrazándola.)  
ADELA. Aprieta, hombre.  
que no me vas á quebrar.  
JUAN. Adios. (Abrazándola.)  
CECILIA. Vuelves?  
JUAN. Sí.  
CECILIA. Á ver cómo  
usté al director persuade.  
JUAN. Cuando usté quiera, cofrade.  
EMILIO. Cuando usté guste, palomo.  
(Vánse por el fondo.)

ESCENA VII.

ADELA y CECILIA.

ADELA. Mil gracias por el abrazo.  
Dios te lo pague.

CECILIA. ¿Pues qué,  
no es marido que acostumbra  
á abrazar á su mujer?

ADELA. No se permite esos lujos,  
que yo hace tiempo olvidé!

CECILIA. Conque no es gato casero?

ADELA. No tal, es gato montés.

CECILIA. ¡Y se lleva á mi marido!  
me lo va á echar á perder.  
Juan, Juan.

ADELA. Ya estarán muy lejos.

CECILIA. No va con él si lo sé,  
que las malas compañías  
pierden á un hombre de bien.

ADELA. Pero no es ningun chiquillo.  
Ea, tranquilízate  
y vamos á echar un párrafo.

CECILIA. Corriente, aunque sean tres. (Se sientan.)

ADELA. Por supuesto, no debía  
ni saludarte.

CECILIA. ¿Por qué?

ADELA. Sin escribirme una carta  
en tantos años.

CECILIA. En diez.  
Cuando salí del colegio  
en Alcoy me casé  
con Juan que, como empleado,  
anda más que un tren expres;  
hija, y con hacer el mundo  
y volverlo á deshacer,  
no tengo un minuto libre  
para emborronar papel.

ADELA. Tú recibiste mi esquila?

CECILIA. Sí; mas no te contesté,  
porque entónces nos cambiaron

desde Búrgos á Jerez.

ADELA. Ah, pícara.

CECILIA. Ahora que vine  
á la corte á pretender,  
dije á Juan: «á ver á Adela,  
mi amiga de la niñez.»

ADELA. Mas confiesa que conmigo  
has sido ingrata.

CECILIA. Pequé.

ADELA. *Absolvo peccatis tuis.*

CECILIA. Pues beso al cura y amen.  
Conque dime, tu marido  
no es el tipo amante y fiel  
que en el colegio soñábamos  
con ingénua candidez?

ADELA. No tal, es el contra-tipo.

CECILIA. De veras?

ADELA. Todo al revés,  
un marido homeopático,  
porque apenas se le ve,  
es de aparato tan solo  
y por el bien parecer  
como el coche de respeto  
que lleva detrás el rey.

CECILIA. Picaronazo.

ADELA. Su padre,  
cuando huérfana quedé,  
fué mi tutor, me trataba  
con paternal interés,  
y creyendo hacer mi suerte  
dejó dicho al fallecer,  
que fuese mi esposo Emilio,  
á quien de niña traté.  
Él que se hallaba viajando  
tuvo al punto que volver  
á encargarse de la casa  
segun mandaba la ley.  
Supo que era su futura  
y sin duda le gusté,  
cuando me ofreció su mano  
y nos casamos al mes.  
Yo, que soy agradecida

al jurarle eterna fé,  
el amor que tuve al padre  
duplicado puse en él.  
La luna de miel fué un soplo,  
un relámpago, y despues  
volvió á lanzarse á la vida  
de esta revuelta Babel;  
y es natural, en la calle  
aún no han podido saber  
si soy amable ó gruñona,  
si sé latin ó francés.  
No pone á mis gastos tasa,  
vivo con esplendidez,  
y hasta me regala joyas,  
pero á palo seco.

CECILIA.

Pues,  
para ver si te alucina  
y por cumplir; como aquel  
que va dejando tarjetas  
á los que no quiere ver.

ADELA.

Ignora que de ese modo  
jamás se calmó la sed  
de cariño y de ternura  
que ambiciona la mujer.  
Qué se diría en los círculos  
del gran mundo, en los cafés,  
los pasillos de la Ópera  
y hasta en el *Skating-club*,  
si siempre fuese conmigo  
á paseo, á las soirées,  
como esos maridos *cursis*  
que aún por fortuna se ven?  
Que se hallaba esclavizado  
por mí, tirano cruel,  
que le trataba lo mismo  
que á un negro del Dahomey.  
Bueno y santo que le manden  
y le exploten en tropel  
todo género de amigos  
y señoras de alquiler,  
y en el teatro las floreras  
que le dan siempre un clavel

y hasta las que venden céntimos  
con cara de somaten,  
pero su mujer? oprobio,  
vergüenza é insensatez!  
y así huyendo de un tirano  
se encuentra con más de cien.

CECILIA. Bravo, bien, ni Castelar  
estaría á tu nivel;  
y basta de cosas tristes.

ADELA. ¿Cómo es el tuyo?

CECILIA. Al revés.

Et tipo que yo soñaba,  
marido y novio á la vez  
á los seis años estamos  
en plena luna de miel.

ADELA. La mia salió eclipsada.

CECILIA. Nos llamaban en Jaen  
el matrimonio merengue;  
bien les hice relamer.  
Cuando Juan está empleado  
vivimos con sencillez,  
ahorrando, y cuando hay borrasca  
trabajo si es menester;  
tú sabes cómo me anuncia  
que nos quedamos á pie?  
diciéndome, chica, saca  
la máquina de coser.

ADELA. Ay, por Dios, vivid conmigo,  
á ver si el milagro haceis  
de que con tan buen ejemplo  
más amerengado esté.

CECILIA. Gracias. Tenemos los pobres  
nuestro orgullito tambien,  
y yo sigo en mi farmacia,  
ya sabes, Tesoró, seis.  
Ya pensaremos el medio  
de convertir á ese infiel,  
que cree que está en Turquía  
y puede tener haren.  
Yo te lo traeré al terreno  
fácilmente: anteayer  
me hizo el coco en el tramvía

conque yo bailar le haré.  
ADELA. Pues mira, también un íntimo  
amigo de su merced,  
me hace á mí el mismo animal,  
pero con distinta piel.  
Tenemos que hablar muchísimo.  
Saldremos.

CECILIA. Espero á ver  
qué nuevas trae de Fomento  
mi enamorado doncel.

### ESCENA VIII.

DICHAS y MATEO, por el fondo.

MATEO. (Ap.) (Pues señor, estoy resuelto  
y he cerrado el escritorio.

Está el ama con visita,  
no es el momento apropiado.)

ADELA. (Quién.) Mateo, no te vayas.

MATEO. Perdone usted si incomodo.

ADELA. Tú te acuerdas de Mateo?

CECILIA. Ya lo creo, el mayordomo  
que al colegio nos llevaba.

ADELA. Mírale.

CECILIA. Está muy canoso.

ADELA. Ven y mira á esta señora.

¿Quién es? no caes? ah, bobo!

MATEO. La señorita Cecilia!

CECILIA. La misma.

MATEO. Ya veo poco.

Ay, Jesús, cuánto me alegro  
de ver á usted entre nosotros;

de fijo le señorita

está bailando de gozo.

ADELA. No sabes que está casada?

MATEO. Ah, sí; y su señor esposo?

CECILIA. Tan bueno. Ha salido y vuelve.

ADELA. Esta sacó el premio gordo.

Por qué no viniste ayer?

CECILIA. Me mudé, y es un trastorno.

MATEO. Eran sus días.

CECILIA. Perdona,

lo ignoraba.

ADELA. Te perdono.

MATEO. De fijo la señorita  
dijo á usted en todos los tonos  
que la abruma la riqueza.

ADELA. Estábamos en el prólogo.

MATEO. Que quisiera ser más pobre  
de galas, joyas y adornos,  
y más rica de cariño  
y de amor en su consorcio.

CECILIA. Para que al nido volviera;  
pues era un remedio heróico.

MATEO. Esa es su manía.

ADELA. En sueños

consigo mi afan tan sólo,  
y sueño que somos pobres,  
pero que somos dos tórtolos.

Despues te lo contaré,  
es un sueño muy gracioso.

Ea, salimos ó no,  
el cielo se pone fosco.

(Dirigiéndose al balcón.)

MATEO. Pobrecilla.

CECILIA. Sí.

MATEO. Ha soñado

lo que salió cierto.

CECILIA. Cómo?

MATEO. Es una desgracia inmensa.

ADELA. Parece que aclara un poco.

Vente al tocador conmigo  
mientras vuelve tu palomo.

CECILIA. Ya te sigo.

ADELA. Hola, tú quieres

quedarte en largo coloquio  
con Mateo, y tomar datos  
para obrar con más aplomo.

CECILIA. Sí, justo, eso es.

ADELA. Entónces

me marchó y os dejo sólos.

No tardes. (Ya con Cecilia  
se me hará el tiempo más corto.)

(Váse izquierda.)

ESCENA IX.

MATEO y CECILIA.

- CECILIA. Cuenta qué ha sido.  
MATEO. Que el amo,  
que es un bendito en el fondo,  
escuchando los consejos  
del que quiere ser su socio,  
me hizo imponer su fortuna  
en la casa inglesa *Thomson*,  
que ha quebrado en *Liverpool*,  
segun dicen los periódicos.  
Ya ve usted.
- CECILIA. Oh, qué desgracia!  
más siempre habrá un medio honroso  
de conjurar la tormenta.
- MATEO. Hay que sujetarse al Código,  
y nada más.
- CECILIA. Arruinados!  
si no vuelvo de mi asombro.  
Adela lo sabe?
- MATEO. No.
- CECILIA. ¿Y el señorito?
- MATEO. Tampoco;  
ya se lo dirán por fuera.
- ADELA. (Dentro.) Cecilia.
- CECILIA. Voy. Por de pronto  
no saldremos á paseo.
- MATEO. Me parece lo más lógico.
- CECILIA. Puede una amiga indiscreta,  
sin andarse en circunloquios,  
decírselo de repente.
- MATEO. Justo; y siempre es un bochorno.
- CECILIA. Mateo, ahora es cuando yo  
quisiera nadar en oro  
para decirles: amigos,  
cuanto tengo es de vosotros,  
pero si es grande el deseo  
los recursos son muy cortos,  
y un empleado ambulante

hace más deudas que ahorros.

ADELA. (Dentro.) Cecilia, no vienes?

CECILIA. Voy.

Pero dispon de nosotros  
para todo lo que creas,  
que los dos útiles somos.

Casa, servicio y personas  
á tus órdenes lo pongo.

De seguro mi marido  
se queda al saberlo atónito:  
si vuelve dile que espere  
y ponle en autos de todo.

MATEO. Así lo haré.

CECILIA. (Pobre Adela,  
lo que es yo no la abandono.)  
(Váse izquierda.)

## ESCENA X.

MATEO y á poco el BARON.

MATEO. Esta sí que es una amiga  
de empuje y de corazón,  
y no esas de relumbron,  
gran corteza y poca miga,  
que si saben lo que pasa  
vendrán de mucha etiqueta  
á dejar una tarjeta  
con las señas de su casa.

BARON. (Fondo.) (Voy á ver si ya lo sabe.)  
Me enteraré. Quién, Mateo...

MATEO. Ya está aquí ese macabeo,  
pues señor, me pondré grave.  
Ay.

BARON. (Suspira, es natural.)  
Hola, Mateo.

MATEO. Ah!

BARON. Soy yo.

MATEO. Dispense usted, me asustó.

BARON. ¿Y cómo vamos?

MATEO. Tal cual.

BARON. ¿Y el señorito?

- MATEO. Ha salido.  
BARON. Sabes...  
MATEO. Si apenas le ví...  
BARON. Yo tampoco me atreví.  
MATEO. Es usted muy encogido.  
BARON. Cuando la señora ayer nos dejó...  
MATEO. Sí, en la estacada.  
BARON. Nos salimos de escapada á los Cisnes á comer, y no era momento aquel, ni encontré forma ni modo de decirle...  
MATEO. Sobre todo cuando convidaba él.  
BARON. Ni es tampoco tan sencillo, ni á un amigo se descubre...  
MATEO. Ni iba usted á darle ese *ordubre* á modo de pepinillo.  
BARON. Nos fuimos despues al Real, y á cenar; luego él se fué, y yo me marché al café, donde hice punto final.  
MATEO. (Pues ya lo saben por tí en Madrid y sus contornos.)  
BARON. Allí se lo dije en Fornos á los amigos que ví.  
MATEO. Ha sido usted el trompetero, le ha cabido á usted ese honor.  
BARON. Y Adela?  
MATEO. En el tocador con una amiga.  
BARON. Pues quiero ..  
MATEO. Ya, darla el escopetazo? No lo sabe todavía.  
BARON. Ah, entónces...  
MATEO. Eso sería dispararla un trabucazo.  
BARON. Yo soy un amigo fiel.  
MATEO. (Y bien probado lo tienes.)  
BARON. Poseo en la Alcarria bienes.  
MATEO. Pues no le gusta la miel.

- BARON. Esta noche no he dormido.  
MATEO. Le sentó á usted mal la cena?  
BARON. Hombre, no.  
MATEO. Ah, creí...  
BARON. De pena  
por Adela.  
MATEO. Y su marido?  
BARON. Tambien por él, claro está;  
pero hay que compadecer  
mucho más á la mujer,  
porque es la más débil.  
MATEO. Ya.  
BARON. Si no tarda mucho, espero.  
MATEO. Justo, espérala... sentado.

### ESCENA XI.

DICHOS y JUAN por el fondo muy alterado.

- JUAN. Jesús, vengo sofocado.  
BARON. Quién es este caballero?  
JUAN. Y Cecilia, mi mujer?  
MATEO. (Es su esposo.) Dentro está.  
Y él amo?  
JUAN. Luégo vendrá.  
Ay, no me puedo tener! (En tándose.)  
MATEO. Se ha mojado usted?  
JUAN. Bastante,  
ha caido un chaparron  
y yo llevaba baston  
cuando eché á correr delante.  
MATEO. Qué ha pasado?  
JUAN. Pues señor,  
fuimos los dos á Fomento  
y nos recibí; al momento  
su amigo, que es Director.  
Se puso al vernos de pie,  
la mano á Emilio estrechó  
y muy amable exclamó:  
«Siento el disgusto de usted.»  
Me han dicho que usted tenía  
todo el caudal realizado

en la casa que ha quebrado  
de Thomson y Compañía.»  
«Ha quebrado, santo cielo!»  
dijo Emilio con sorpresa,  
apoyándose en la mesa  
para no caer al suelo.  
Yo á sostenerle acudí  
que estaba como un difunto,  
el otro vió el golpe al punto,  
y volviendo sobre sí,  
«do sé por un compañero»  
añadió, «que en el café  
lo oyó á un títere que fué  
á propalarlo el primero.»

- BARON. Cómo títere? Yo fui  
quien la desgracia contó.
- JUAN. Usté?
- MATEO. (Bien te conoció.)
- JUAN. Yo refiero lo que oí.
- MATEO. Diga usted, qué es del señor?
- JUAN. Se fué á casa de Guerrero,  
que creo que es un banquero,  
para enterarse mejor.
- BARON. Es amigo de la infancia,  
Voy á ver si está aún allí.
- MATEO. (Sí, porque estorbas aquí.)
- JUAN. (Que señor tan sin sustancia!
- BARON. Ya volveré... (á consolarla.)  
No debo cejar ahora.)  
Ah, que sepa la señora  
que he venido á visitarla.  
No es visita de etiqueta,  
sino de amistad. (Dándole una tarjeta.)
- MATEO. Ya sé,  
tendré que doblarle á usté...  
la punta de la tarjeta.
- BARON. Bien. Servidor.
- JUAN. Servidor...
- BARON. (Este es el perro mastin;  
más como yo triunfe al fin  
será ménos ladrador. (Váse por el fondo.)



ESCENA XII.

JUAN, MATEO y á poco CECILIA y ADELA.

- MATEO. Qué trasto!  
JUAN. Si usted quisiera...  
MATEO. Mande usted.  
JUAN. Pasar aviso  
á mi mujer que ya he vuelto.  
(Hay para perder el juicio.)  
MATEO. Voy. (Parece muy buen hombre.)  
CECILIA. (Izquierda.) Mateo, ya no salimos,  
cómo llueve... Juan!... no sabes?  
JUAN. Sí, todo, y también Emilio.  
CECILIA. ¿Pero te has mojado?  
JUAN. Un poco.  
ADELA. (Izquierda.) Cecilia, dónde te has ido?  
Hola, ya dió usted la vuelta,  
y qué?  
JUAN. (Yo no se lo digo.)  
Pues, promesas... lo de siempre...  
se enteró de mis servicios.  
ADELA. Está usted muy alterado.  
CECILIA. Se ha mojado y quizá el frío...  
es preciso que te seques,  
la humedad daña muchísimo.  
ADELA. Vé al despacho; hay chimenea,  
y le darán otro abrigo.  
CECILIA. Acepto el ofrecimiento,  
hija, qué quieres, le cuido,  
porque de estas gangas pocas.  
ADELA. Haces muy bien, cuida al niño.  
(Mateo pasa á avisar al criado de Emilio.)  
JUAN. (Pobrecilla, me da pena.)  
MATEO. Ya está el criado advertido.  
CECILIA. (Á Mateo.) Empezaba á prepararla,  
mas me quedé en el principio.)  
(Vánse derecha.)

ESCENA XIII.

ADELA y MATEO.

ADELA. No vuelve muy satisfecho.  
Lo siento porque le estimo.  
Dí, qué hablaste con Cecilia  
que entró con el rostro lívido  
y no ha hecho más que decirme:  
Adela, cuenta conmigo.

MATEO. Yo... no...

ADELA. Calle, también tú  
estás cariacontecido.  
¿Ocurre alguna desgracia  
ó amenaza algun peligro?

MATEO. Es según.

ADELA. Algo sucede,  
vas ahora mismo á decírmelo.

ESCENA XIV.

DICHOS y EMILIO, agitado.

EMILIO. (Fondo.) Mateo, Mateo.

MATEO. El amo.

ADELA. Emilio, te sientes mal?  
vienes agitado.

EMILIO. No.

ADELA. (Virgen santa, qué será?)

EMILIO. Oye, impusiste los fondos  
en la casa comercial  
de Thomson y Compañía?

MATEO. Usté lo mandó.

EMILIO. Es verdad,  
pero ha quebrado y entónces  
yo estoy arruinado.

ADELA. (Ah!

esa será la noticia  
que no me querían dar!

- Oh, por qué me causa pena  
el ver logrado mi afán?)
- EMILIO. Tenemos fondos?
- MATEO. Los que hay  
responden á obligaciones  
que á fin de mes vencerán.
- EMILIO. Mi honra está comprometida,  
me va este golpe á matar.
- ADELA. (Oh, no, yo debo animarle.)  
Emilio, serenidad;  
por Dios, con desesperarnos  
no conjuramos el mal.
- MATEO. Dice bien la señorita.
- ADELA. Todo se puede arreglar,  
cercenamos nuestros gastos,  
nos reducimos y en paz.
- MATEO. Por mi parte ofrezco á ustedes  
capear el temporal,  
y no suspender los pagos  
sino en una extremidad.
- EMILIO. Vende fincas, coches, todo  
para aumentar el caudal  
que responda del pasivo,  
aunque me quede sin pan.
- ADELA. Por estrechos que vivamos  
nunca quejarme me oirás  
y contigo me resigno  
á vivir en un desvan.
- EMILIO. Adela!
- MATEO. Es un ángel.
- ADELA. Ea,  
pues tú el ejemplo me das  
haré mis economías  
y liquidacion—formal.  
Te entrego mis aderezos,  
son bastantes, y ojalá  
toda la tienda de Marzo  
te la pudiera entregar.
- EMILIO. Mas yo permitir no puedo...
- ADELA. Yo mando en mi propiedad.  
Pues estaría bonito  
que te supieses privar

de las mil comodidades  
á que acostumbrado estás,  
y yo siguiera luciendo  
trajes y aderezos, ¡bah!  
yo me he casado contigo  
y no con tu capital;  
que eres rico, gasto trajes  
nevados y sin nevar;  
que eres pobre, me contento  
con un traje de percal.  
En teniendo tu cariño,  
qué me importa lo demás?

MATEO. (Ahora la daría un beso!  
me dan ganas de llorar.)

EMILIO. Oh, gracias!

ADELA. Es que no sabes  
de lo que yo soy capaz.

EMILIO. Lo que siento es que ahora todos  
por mera curiosidad,  
me abruman á preguntas  
y el pésame me darán.

ADELA. Y muchos que te explotaban  
tendrán inmenso pesar,  
porque estando tú arruinado  
el filon se les fué ya.

EMILIO. Quisiera encontrar un medio  
que no achacaran á mal  
de salir fuera unos dias  
y huir de la sociedad.

MATEO. Pues bien, yo encontré ese medio.

ADELA. Dí; Mateo es muy sagaz.

MATEO. No está usté diciendo siempre  
que á Alhama se va á curar?

EMILIO. Sí.

MATEO. Pues yo sigo pagando  
y ustedes se van allá,  
y están una temporada,  
quince dias bastarán.

EMILIO. Bueno.

ADELA. (Con él quince dias!  
voy á tener que bailar  
de gozo, porque me arruino;

lance más original!)  
Partiremos esta noche.  
(Yo no lo deajo escapar.)

EMILIO. Como quieras, yo estoy listo.

ADELA. Pronto se arregla un cabá.

## ESCENA XV.

DICHOS, CECILIA y JUAN.

JUAN. Ea, ya estoy seco.

EMILIO. Calle,  
aquí Cecilia y don Juan!

CECILIA. Le sequé á la chimenea,  
me tomé esa libertad.

EMILIO. Usté manda en esta casa.

MATEO. Ya nada ignora.

JUAN. (Á Emilio.) Qué tal?  
se halla usté bien?

EMILIO. Sí.

JUAN. Ahora y siempre  
cuente usté con mi amistad.

CECILIA. Adela!

ADELA. Cecilia mia!

CECILIA. Hija, me perdonarás,  
pero no sabía cómo  
darte la nueva fatal.  
Cómo te sientes?

ADELA. Me encuentro  
de un modo muy singular.

Me apesadumbra que Emilio  
sufra ese golpe mortal,  
y me alegra ver mi sueño  
convertido en realidad;  
por eso tan encontrados  
mis sentimientos están,  
y estoy alegre y muy triste  
y río y lloro á la par.

CECILIA. Pobre Adela.

MATEO. Ya anochece

y el tren va á salir.

- CECILIA. Se van?  
ADELA. Sí, nos marchamos á Alhama.  
CECILIA. Á Alhama? qué atrocidad!  
JUAN. Con este tiempo tan húmedo van ustedes á enfermar.  
EMILIO. Por huir de las visitas.  
MATEO. De pésames y demas.  
CECILIA. Pues sería más prudente venirse á mi palomar.  
JUAN. Mientras el tiempo serena.  
CECILIA. Es lo más sano que hay.  
Se ve el Pardo.  
JUAN. Donde iremos todos al fin á parar.  
CECILIA. Y para los cuatro tiene bastante comodidad.  
MATEO. No es mala idea; y se dice que están ustedes allá.  
ADELA. Yo por mí si Emilio quiere...  
EMILIO. Lo dejo á tu voluntad.  
CECILIA. Pues entónces ya no hay duda y queda aceptado el plan.  
ADELA. Me echo el velo en un minuto.  
(Entra y vuelve á salir á poco con él puesto.)  
EMILIO. Mateo, á vernos irás.  
MATEO. Un dia si y otro tambien. Tenga usted tranquilidad, que le enteraré de todo.  
ADELA. Ya estoy hasta con cabá.  
JUAN. Ni ese adminículo falta.  
MATEO. Y ahora de dos en dos en paz y en gracia de Dios...  
CECILIA. Sí, justo; á Alhama... la alta.  
(Juan da el brazo á Cecilia y Emilio á Adela.)  
JUAN. Qué cuarteto mas lucido!  
MATEO. Y en casa al perro se deja.  
JUAN. Cada cual con su pareja.  
CECILIA. Cada cual con su marido.  
ADELA. De su brazo! qué alegría!  
hoy mi boda se celebra,  
¡bendita sea la quiebra

de Thomson y Compañía!  
(Echan á andar y Mateo los sigue saludándolos.  
Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

---

## ACTO TERCERO.

---

Habitacion modestamente amueblada. Puerta en el fondo y laterales. Sillas y brasero. Máquina de coser y camilla.

### ESCENA PRIMERA.

EMILIO y JUAN.

- JUAN. Valor y no amilanarse,  
si los pagos continúan  
la bancarrota es á medias,  
como quien dice, presunta.
- EMILIO. Es verdad, mas lo que siento  
es que Adela por mi culpa  
pueda verse reducida  
á una indigencia segura.
- JUAN. No es de usted la culpa toda,  
y los negocios fluctúan,  
y el que se arriesga en empresas  
ya es sabido, ó se hunde ó triunfa.
- EMILIO. Mas yo por imprevision,  
como dirá la voz pública,  
arriesgué todos mis fondos  
en una jugada única.
- JUAN. Y despues de todo Adela

con gusto á brillar renuncia,  
y está más entretenida  
y mas contenta que nunca.  
Al ménos, así lo dice;  
y lo prueba su conducta;  
y tragina con Cecilia  
y á sus quehaceres le ayuda.  
Por la noche ó muy temprano  
en sus mantos se arrebuja,  
y van á misa ó de tiendas  
y á nadie ven ni saludan.  
Salieron?

EMILIO.

JUAN.

Ya hace un buen rato  
han ido á buscar costura  
á un bazar de ropa blanca  
llamado, «El Sol de la Industria.»

EMILIO.

Oh, pobre Adela; es horrible  
que siendo inocente sufra  
las funestas consecuencias  
de mi torpeza ó mi incuria.

JUAN.

Pero si ella se conforma,  
por qué usted tanto se angustia?  
Con quererla más la paga  
su abnegacion con usura.  
Las mujeres son lo mismo  
que los diamantes; las unas  
como los americanos  
no valen lo que figuran,  
las otras son piedras finas  
de gran precio y hermosura,  
y que cortando el cristal  
toda su bondad denuncia.  
Y el cristal es la desgracia  
en la marital coyunda;  
la buena esposa lo quiebra,  
la mala en él se despunta.  
Nosotros dos, que tenemos  
conforme manda la rúbrica,  
dos diamantes conyugales  
de inestimable finura,  
debemos cuidarlos mucho,  
que hoy esas joyas no abundan,

y mostrarnos orgullosos  
de nuestra rara fortuna.  
Como esos elegantones,  
que para alfileres usan  
diamantes de gran valor,  
que como nueces abultan,  
y con el pecho sacado  
van diciendo: «atrás, gentuza,  
«boca abajo todo el mundo,  
»que este diamante deslumbra.»

EMILIO.

Me hará usted reír.

JUAN.

Es claro:

quiere usted que contribuya  
á fomentar su tristeza  
y á contarle desventuras?  
Mi deber, ya que me ha honrado  
elevándose á mi altura,  
es tratar de distraerle  
mientras la tormenta ruja.  
Tanto es así, que si usted  
consolarse no procura  
creeré que está mal aquí  
y de nuestro afecto duda.

EMILIO.

Eso jamás, y me ofende  
si tan ingrato me juzga;  
pero me aflige este golpe  
que otros mayores me anuncia,  
y estoy resuelto á vencer  
ó á sucumbir en la lucha.

JUAN.

Qué dice usted, amigo mío?  
No haga usted una locura.

EMILIO.

Encargo á usted la reserva.

JUAN.

Segun, aunque no me gusta  
ser parlanchin, yo no debo  
ser cómplice.

EMILIO.

Usted me escucha?

JUAN.

Sí; pero el caso es que el hombre  
no debe perder la brújula.

EMILIO.

Saldré para Liverpool  
en cuanto fondos reuna,  
y si allí en la fuente misma  
pierdo mi esperanza última,

me embarcaré para América  
á rehacer mi fortuna.

JUAN. Va usted á abandonar á Adela?

EMILIO. Voy á reparar mis culpas.

JUAN. Pero eso es matarla, vamos,  
tenga usted calma y cordura.

EMILIO. Ya lo he resuelto.

JUAN. Los hombres  
tambien de opiniones mudan,  
y usted no es aragonés,  
que es raza muy testaruda.

## ESCENA II.

DICHOS y MATEO por el fondo.

MATEO. Se puede pasar?

EMILIO. Mateo!

MATEO. Buenos dias nos dé Dios.

JUAN. Muy buenos.

MATEO. Hoy llego tarde,  
se me ha parado el reló.  
Sigue usted bien, señorito?

EMILIO. Sí, Mateo, bien estoy.

JUAN. Pero quiere irse á Inglaterra,  
y eso sería un horror.

MATEO. Cómo?

EMILIO. Á Liverpool me llama  
mi propio decoro.

MATEO. (Oh,  
no se irá.)

JUAN. Y despues á América,  
que es el remedio peor.

MATEO. Y las señoras?

JUAN. Tan buenas;

fueron á su obligacion.

Adela está contentísima  
con un apetito atroz.

Claro, aquí el aire es purísimo,  
oxígeno superior;  
como es de primera mano

- sienta muy bien al pulmon.
- EMILIO. Sigues al frente de todo y pagando?
- MATEO. No que no, mientras quede un perro chico allí estará el pagador. Por lo demas nada ocurre y traigo el correo de hoy.
- JUAN. Pero eso es una balija.
- MATEO. Hay muchas del interior.
- EMILIO. Serán pésames de boca y de buena educacion.
- JUAN. Eso de seguro.
- EMILIO. Y dime, nadie por mí preguntó?
- MATEO. Sí, antes de ayer al portero fué á preguntar el Baron.
- JUAN. Él fué de la bancarrota el trompetero mayor.
- EMILIO. Pero es mi mejor amigo.
- MATEO. Conserve usted esa ilusion.
- EMILIO. (Hice bien en avisarle, y así esa prueba le doy.)
- MATEO. No va usted á leer las cartas?
- EMILIO. No me encuentro ahora de humor. Á Thomson y Compañía debo anunciarles que voy; y á Paris, tengo banqueros que íntimos amigos son.
- JUAN. Pero usted ha reflexionado...
- EMILIO. Me va usted á hacer un favor?
- JUAN. Cuál?
- EMILIO. Repasar con Mateo las cartas.
- JUAN. Pero por Dios!
- EMILIO. Luégo me dicen ustedes lo importante, y se acabó. (Entra en el cuarto de la derecha.)

ESCENA III.

JUAN y MATEO.

JUAN. Nada, se ha empeñado en irse,  
el hombre tiene teson;  
yo lo siento por Adela.

MATEO. No se irá, respondo yo.  
Y ha estado estos ocho dias  
muy triste?

JUAN. Sí, hecho un huron,  
que es el anuncio sin duda  
de la bomba que hoy saltó.  
Ya anohecido salimos  
á dar un trote los dos  
envueltos en nuestras capas  
con sigilo y precaucion;  
mas como es tan conocido  
y á los baños se marchó,  
vamos siempre haciendo eses  
por temor á un encontron.  
Y de repente me dice:  
«por allí viene Quirós»  
y á la otra acera corriendo  
«huy, aquel es Armengol,»  
y hacemos otra pasada  
feriando algun pisoton,  
y parecemos tramposos  
cuando ven á un acreedor.  
Y esas cartas las leemos?

MATEO. Á usted le cedo ese honor;  
ya haremos los comentarios.

JUAN. Pues empiezo y atencion.  
(Leyendo.) «Querido primo: He sabido tu  
»desgracia, y cree que pocos lo sentirán  
»tanto como yo. Estoy pronto á ofrecerte el  
»dinero que necesites, pero...»

MATEO. No siga usted, que ese pero  
ya todo su fruto dió.

JUAN. Es claro, siendo de un primo  
era seguro el sofion.!

- (Leyendo.) «Querido Emilio. ¿Es cierto lo que me han dicho? ¿Has hecho bancarrota? »Me necesitas? Quieres algo?»  
Huy, parece un catecismo, pues no es poco pregunton.
- JUAN. Cuentas propias.  
MATEO. Sí, y ajenas,  
es muy rumbo el señor.
- JUAN. Hola, letra femenina  
y una u de corazón.
- MATEO. Es la Virtudes... de mote;  
pues ya la patita alzó.
- JUAN. (Leyendo.) «Hemilio... iba á enviar *tela cuenta cuandoesa bido tufu ga lama Ay vá! Que tea livies. Tulla Virtudes. Pos data. Boy a Paris con un higo* de un marqués.
- MATEO. Buen viaje.
- JUAN. Qué alma tan noble.
- MATEO. Qué letra y qué redaccion.
- JUAN. Claro, escribe como baila,  
con los piés; es de rigor.  
Los demas serán lo mismo,  
pésames de mogollon.
- MATEO. Han llamado.
- JUAN. Serán ellos.
- MATEO. La señorita, es su voz.

#### ESCENA IV.

DICHOS, ADELA y CECILIA, entran por el foudo.

- ADELA. Á mí el andar no me pesa.
- CECILIA. Por fin llegamos al cielo.
- ADELA. Voy á levantarme el velo,  
que ya el incógnito cesa.
- MATEO. Muy buenos dias, señora s.
- ADELA. Tenlos muy buenos, Mateo.
- MATEO. Ustedes por lo que veo  
siempre tan madrugadoras.
- JUAN. Es muy sano el madrugar.
- CECILIA. La medicina mejor.

- ADELA. No tengo muy buen color?  
MATEO. Si ha empezado usted á engordar.  
ADELA. ¿Y Emilio?  
MATEO. Dentro escribiendo.  
JUAN. Esa es la gran medicina.  
CECILIA. ¡Ay, qué escalera tan pina!  
JUAN. Ya bajaremos si asciendo.  
MATEO. Aquí más que en otras partes  
son estas torres comunes.  
CECILIA. Se empieza á subir en lunes  
y se llega arriba en martes.  
ADELA. Fué andaluz tu padre?  
CECILIA. No.  
Lo era mi abuelo.  
ADELA. Pues basta,  
haces honor á tu casta.  
CECILIA. Ya me lo sabía yo. (Rien.)  
MATEO. De qué buen humor están!  
JUAN. Es de lo que no se usa.  
MATEO. (El amo no tiene excusa...,  
si habré logrado mi plan?)  
JUAN. Qué traes ahí?  
CECILIA. Trabajo  
para la máquina.  
JUAN. Bueno.  
ADELA. La ayudaré.  
CECILIA. Y la condeno  
á estar cosiendo á destajo.  
Es del gran bazar; por cierto  
que segun nos han contado,  
el lance que hoy ha pasado  
haría reir á un muerto.  
Don Ramon, el principal,  
tomó ayer mancebo nuevo,  
era gallego el mancebo  
sin práctica comercial,  
y esta mañana al poner  
letreros en cada prenda...  
ADELA. Hizo aquello una merienda  
que no había más que ver.  
CECILIA. Y fué preciso arreglar  
de nuevo el escaparete,

- y el mozo lió el petate  
y se volverá al lugar.
- MATEO. Pero usted no me pregunta  
cómo van nuestros asuntos?
- ADELA. Estamos los cuatro juntos  
y es deliciosa esta junta,  
Tengo á Emilio noche y dia  
y aquí me encuentro en mis glorias,  
déjame en paz y memorias  
á Thomson y Compañía.
- CECILIA. Vales un mundo.
- ADELA. Un baul?
- JUAN. No, es un mundo sublunar.
- MATEO. Pero aún se puede arreglar  
la cuestion de Liverpool.
- ADELA. Que no se arregle tan pronto;  
la quiebra tiene ventajas  
y no me llueven alhajas  
ni paso la vida en tonto.  
Ocúltale la verdad  
si se arregla á mi marido,  
ay, Mateo, te lo pido  
con mucha necesidad.
- MATEO. Haré lo que usted me exija  
aunque los fondos rocobre.
- JUAN. Vamos, que quiere ser pobre.
- CECILIA. Qué mal gusto tienes, hija.
- JUAN. La una, voy al café,  
me citó el primo á las doce.
- CECILIA. Ya tu pachorra conoce.
- JUAN. Anoche le dieron té.
- CECILIA. Y á tí que te dan?
- JUAN. Discurro  
que á mí me darán turron.
- CECILIA. Eres un santo varon  
que crees que vuela un burro.
- ADELA. Y por qué has de pensar mal?
- JUAN. Mi gratitud será inmensa  
y donde ménos se piensa  
salta...
- MATEO. Pues, la credencial.
- JUAN. Yo voy á ver lo que salta.

- ADELA. Celebraré que sea un pavo.  
MATEO. Ó algun faisán.  
JUAN. Pronto acabo  
y vuelvo á subir sin falta.  
CECILIA. La Magdalena te guíe  
y nos dé algun alegrón.  
ADELA. Mejor San Pascual Bailón  
que es santo que baila y ríe.  
CECILIA. Pues que te guíen los dos.  
ADELA. Dónde va usted, mal marido,  
y el abrazo?  
JUAN. Fué un descuido.  
Hasta luégo.  
CECILIA. Abur.  
ADELA. Adios.  
(Juan se va por el fondo.)

### ESCENA V.

DICHOS ménos JUAN.

- CECILIA. Lo mismo que tantas otras  
volverá esta vez sin nada.  
ADELA. Eres muy desconfiada;  
á la máquina nosotras.  
MATEO. Si hay que trabajar á ello.  
CECILIA. Hoy no puedo acompañarte,  
te he prometido enseñarte  
á hacer dulce de cabello.  
Es preciso preparar  
el almíbar.  
ADELA. Sí? pues vé.  
CECILIA. Y cuando ya en punto esté  
vendré corriendo á avisar.  
ADELA. Yo te pondré la ceniza  
cuando más práctica adquiera.  
CECILIA. Bueno.  
ADELA. Hasta luégo, dulcera.  
CECILIA. Hasta despues, aprendiza.  
(Váse izquierda.)

ESCENA VI.

MATEO y ADELA.

- ADELA. Pero Emilio por lo visto  
no concluye de escribir.
- MATEO. Voy á ver.
- ADELA. Está muy triste.
- MATEO. Es natural, tiene esplin  
como se juzga arruinado,  
por eso se encuentra así.  
Aún está dando á la pluma.
- ADELA. Ó poco he de conseguir  
ó he de hacer que se consuele  
viéndome á mí tan feliz.
- MATEO. Pues ha llegado el momento  
de que logre usted impedir  
que salga para Inglaterra.
- ADELA. Piensa abandonarme?
- MATEO. Sí,  
va á Liverpool á enterarse  
de la quiebra mercantil,  
y si es cierta su desgracia  
dirigirse á otro país,  
á hacer de nuevo dinero  
ó en la empresa sucumbir.
- ADELA. Pero esa es una locura.
- MATEO. De las mayores que ví,  
y hará usted una buena obra  
si le obliga á desistir.
- ADELA. ¿Más cómo?
- MATEO. Usted en su talento  
hallará más de un ardid }  
para atraerle al reclamo  
lo mismo que á una perdiz.
- ADELA. Vamos, he de conquistarle  
despues de los años mil.
- MATEO. Para que vaya el marido  
por donde debía ir.
- ADELA. He de volverme coqueta?

MATEO. Qué remedio.  
ADELA. Pero en fin,  
seducir una á su esposo  
no es perder á un infeliz.  
MATEO. Ni es seduccion de menores  
ni los ojos le va á abrir,  
que los tiene más abiertos  
que un mascarón de tapiz.  
ADELA. Yo haré lo que pueda  
MATEO. Ea,  
ya ha acabado y va á salir.  
ADELA. Pues voy corriendo á la máquina.  
MATEO. Bien pensado, desde ahí  
ve usted cómo viene el pájaro  
y pum, dispara el fusil.  
Aquí está.

## ESCENA VII.

DICHOS y EMILIO.

EMILIO. Lleva esas cartas.  
ADELA. Hola, ya sales al fin?  
EMILIO. Hola, mujercita mia.  
MATEO. (Bravo, si empiezan así  
pronto cantan aleluya;  
ahora me debo escurrir.)  
El correo no trae nada  
de aquí (Señalando el bolsillo.)  
y se fué lo de aquí.  
(Indicando el baile.)  
EMILIO. Bueno, vete.  
MATEO. Desengaños,  
eso era de presumir.  
(El buzón es mi bolsillo.  
(Á Adela.) Buena suerte y á la lid.)  
(Váse por el fondo.)

ESCENA VIII.

EMILIO y ADELA.

Adela empieza á trabajar á la máquina.

- EMILIO. No te canses trabajando;  
segun á un médico oí  
es nocivo para el pecho  
ese continuo tragin.
- ADELA. Cuando es á ratos no importa;  
y luégo hay que discurrir  
el medio de hallar ingresos  
para la lista civil.
- EMILIO. Eso á mí me corresponde  
y no puedo permitir  
verte por mí reducida  
á ese trabajo servil.
- ADELA. Servil llamas al trabajo  
de la máquina? es muy *chic*.
- EMILIO. (Por no disgustarme finge...  
qué torpe, qué torpe fui.
- ADELA. (Que se ha levantado y ha venido á colocarse de-  
trás de Emilio.)  
¿En qué piensas, marido?
- EMILIO. Ah! yo en nada.
- ADELA. Eso es mentir.  
Yo sé en lo que tú pensabas  
y en tus ojos lo leí.  
Cuidado si es tonto el hombre,  
que juzgándose un Merlin,  
teniendo la dicha en casa  
la sale fuera á pedir.
- EMILIO. Es verdad.
- ADELA. Pero estás triste;  
si hubiera piano aquí  
te entretendría tocando,  
y toco ménos que *Listz*,  
y cantarí de tiple,  
tú sabes que doy el sí.

Canto de *Gounod*, de *Schubert*  
y de la *musique classique*.

EMILIO. (Vamos, estoy de remate,  
ni yo me puedo sufrir.)

ADELA. Sabes que el tiempo está fresco?  
en la calle corre un grís...  
vente al brasero conmigo,  
no hay tufo, puedes venir.

(Se sientan al brasero. Adela con la badila en la  
mano.)

Revuelve tú.

EMILIO. No, hija mía,  
yo bastante revolví. (Pequeña pausa.)

ADELA. Pero, hombre, alégrate un poco;  
no tengas tan mal cariz,  
pon la cara más risueña  
y toma ejemplo de mí.  
Ya estarías más contento  
si te hallases *vis á vis*  
de una mujer seductora  
y de correcto perfil.

EMILIO. Sí, pero tú no eres fea  
y no puedo consentir...

ADELA. De ojos negros y rasgados  
que están tocando á motín.

EMILIO. Los tuyos son muy hermosos  
y los veo relucir.

ADELA. (Empieza á mirarme ahora;  
debo estar como el carmin.)  
Boca graciosa.

EMILIO. La tuya  
hace al amor sonreír;  
vaya y con sus dos hoyitos.

ADELA. (Vamos, que le hago tilin.)  
De discrecion y talento.

EMILIO. Pero tú no eres cerril.

ADELA. De mano aterciopelada.

EMILIO. Pues la tuya no es de crin.

ADELA. Á cuántas nos habrás dicho  
lo mismo; seremos mil.  
Francamente, eres muy guapa,  
y de fijo por Madrid

se pasearán muy pocas  
de tu belleza y esprit.

ADELA. Sí?

EMILIO. Te lo juro.

ADELA. Pues eso,  
enamorado Amadís,  
cuénteselo usted á mi esposo  
cuando venga por ahí.

EMILIO. (Levantándose.)  
(Tiene razon, á estas fechas  
me empiezo yo á derretir;  
me estoy poniendo en ridículo;  
despues de tanto desliz...)

ADELA. Emilio, ¿te has enfadado?  
perdona si te ofendí.

EMILIO. Es que me ofendo á mi mismo,  
y estoy nervioso y febril.  
Nada, de mi plan no cejo  
y me debo redimir.

ADELA. Marchándote de mi lado,  
no es verdad?

EMILIO. ¿Tú sabes?...

ADELA. Sí.

Y yo seguiré viviendo  
en este chiribitil  
con estos buenos amigos  
que se interesan por mí,  
y si al verme solitaria  
un amante paladin  
insistiera en sus obsequios,  
que ni aun en broma admití,  
tendría que repetirle  
con entonacion hostil:  
«Baron, mi honor no consien te  
que vuelva usted más aquí.»

EMILIO. Baron has dicho? Canario,  
conque ese chisgarabis...

ADELA. He dicho baron lo mismo  
que conde, duque ó visir.  
¿Pero te vas?

EMILIO. Esta noche;  
eso ya lo decidí.

ADELA. Vete ahora mismo corriendo  
y toma el ferro-carril,  
y mientras andas buscando  
otro nuevo Potosí,  
viajando y viendo países  
que distraerán tu esplin,  
yo lo mismo que la rosa  
que secos tallo y raiz  
con el frio del invierno  
se marchita en el jardin,  
viviré huérfana y triste,  
y siempre pensando en tí.  
Vete, ya estoy resignada;  
si no vuelves al redil  
diré para mí solita,  
«qué desgraciada nací.»  
Si la mujer es muy débil  
como los hombres decís,  
y es ser que ha venido al mundo  
tan sólo para sentir,  
y lo mismo que hoja seca  
que lleva el viento tras sí,  
si al corazon se le habla  
nunca supo resistir,  
¿por qué no sois nuestro apoyo  
como el olmo es de la vid?  
por qué engañais á la pobre  
que no sabe discurrir?  
Y si es accion generosa  
socorrer á un infeliz,  
guiar al ciego que siempre  
en sombras ha de vivir,  
por qué no ha de ser tan digno  
y meritorio, decid,  
amparar á la que nace  
para querer y sufrir?  
¿Y qué pide á su marido  
la que al doblar la cerviz,  
da á un hombre al darle su mano  
nombre, honor y porvenir?  
Amor, la vida del alma  
que adora con frenesí;

la limosna del cariño  
que entre tantas repartís.  
Por eso más de una, al verse  
engañada por el vil  
que faltó á su juramento  
dando un sacrilego sí,  
se olvidó de sus deberes;  
y por venganza pueril  
imita al que le debía  
enseñar y dirigir.  
Otras como yo, devoran  
todas sus penas aquí,  
y así el mal que mata el alma  
no va á la cara á salir.  
Y perdonan al ingrato  
como te perdono á tí,  
y guardo mi honra que es tuya,  
y entre dos no he de partir.  
Mas si alguna vez contemplo  
á un matrimonio feliz  
que dos almas que se quieren  
en una saben fundir:  
siento un pesar tan profundo,  
y una angustia tan febril,  
que sólo sé al contemplarlos  
entre lágrimas decir:  
«Dios mío, por qué nosotras  
no habremos de ser así,  
por qué á mí que te amo tanto  
me hace de pena morir?» (Rompe á llorar.)

EMILIO. Perdóname, Adela mía,  
porque ya me arrepentí,  
y desde hoy he de ser siempre  
tu enamorado Amadís.

ADELA. Me quieres?

EMILIO. Con entusiasmo.

ADELA. Me adoras?

EMILIO. Con frenesí.

ADELA. Dímelo otra vez.

EMILIO. Te adoro.

ADELA. Vuélvemelo á repetir.

EMILIO. Quinientas veces.

ADELA. Pues sigue  
hasta que sean cien mil.

### ESCENA IX.

DICHOS y CECILIA.

CECILIA. Ya está el almíbar en punto.

ADELA. Y tanto.

CECILIA. Abur, volveré.

EMILIO. Por mí no se vaya usted.

ADELA. Ya está arreglado el asunto.

CECILIA. Conste que no fué indirecta,  
ni mala intencion venía  
cuando en la mano traía  
la cocinera perfecta.

ADELA. Justo.

CECILIA. Ven, y en un instante  
el dulce está concluido.

ADELA. Ya he endulzado á mi marido  
que me ha costado bastante.

### ESCENA X.

DICHOS y MATEO.

MATEO. (Fondo.) El Baron...

EMILIO. Que entre, lo mato:  
veremos si en mi presencia ..

CECILIA. Emilio.

ADELA. Por Dios, prudencia.

MATEO. Á qué viene ese arrebató?

EMILIO. No quiero que por cumplido  
en la antesala se quede.

MATEO. Digo que el Baron no puede  
subir porque ya está huido.  
En el portal le encontré  
y le dije: «alto, Baron,  
»ahorro á usted la ascension,  
—»)¿cómo?—Que no suba usted.

»Vaya usted á contar á Fornos,  
»usted que es tan parlanchin,  
»para que se sepa al fin  
»en Madrid y sus contornos,  
»que le quiebra es bobería  
»y no hay ningun contratiempo,  
»ni llegó el aviso á tiempo  
»á Thomson y Compañía.  
»Y por lo tanto la casa  
»hoy más boyante se ve.»  
—Me alegro, dijo, y se fué  
lo mismo que bala rasa.

CECILIA. Pues la invencion tiene gracia.

ADELA. Despides muy bien los huéspedes.

MATEO. Es que á la casa de Céspedes  
no alcanzó la desgracia.

EMILIO. No compraste?

No.

MATEO.

¿Qué dice?

MATEO. Usted me mandó una cosa  
que no creí provechosa,  
y es natural, no la hice.  
El Baron fué quien leyó  
la noticia y armó el lío.

EMILIO. Tú me dijiste...

MATEO.

Amo mio,

no dije ni sí ni no.  
La señorita quería  
ser pobre... por no estar sola,  
y viendo correr la bola  
no dije esta boca es mia.

EMILIO. ¿Conque no voy á quebrar?

ADELA. Ay, conque vuelvo á ser rica?

CECILIA. Adela.

ADELA.

Qué pena, chica,  
si casi voy á llorar...  
volveré á la joyería  
y á mi vida solitaria  
y á ser casada honoraria  
sin sueldo ni cesantía.

EMILIO. No, Adela, si ciego estaba  
ya al sol los ojos abrí,

que el esposo empieza aquí  
donde el calavera acaba.

MATEO. Logré mi plan.

CECILIA. De seguro  
lo cumplirá, no lo dudes;  
tendré todas las virtudes.

ADELA. Méenos una.

EMILIO. Te lo juro.

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS y JUAN.

JUAN. (Fondo.) Guarda la máquina.

CECILIA. Guarda la máquina y pronto. Juan.

JUAN. Pero hombre no seas tonto,  
ay que arrebatos te dan.

JUAN. El té salió superior,  
voy de oficial á Granada,  
con que es un té con tostada;  
mi primo está en gran favor.  
Guarda la máquina.

CECILIA. Bien.

JUAN. Y á dejar estas paredes  
corriendo.

EMILIO. Damos á ustedes  
el mas cordial parabien.

JUAN. Allí tambien tendrán casa  
mientras se aclara el nublado.

CECILIA. Ay hijo, ya esta aclarado.

MATEO. Si la quiebra fué una guasa.

EMILIO. No ha habido tal bancarrota.

ADELA. Seré un marido modelo.

CECILIA. Y desde aquí se irá al cielo.

JUAN. Pues señor no entiendo jota.

MATEO. Es muy fácil de explicar.

EMILIO. En claro á todos los puntos,  
ahora los cuatro juntos  
volvamos á nuestro hogar.

CECILIA. Ay, no.

ADELA. Te vienes con dengues,

tu calla, que soy yo el ama;  
quiero que vuelvan de Alhama  
dos matrimonios merengues.

(Al público.)

Aprovechad la leccion,  
mis compañeras del gremio,  
y al fin lograreis el premio  
de vuestra resignacion.

El esposo mas arisco  
si la esposa sufre y calla  
con su conciencia batalla  
y vuelve al cabo al arisco.

La virtud y la honradez  
por sí solas siempre vencen,  
y al marido infiel convencen  
de su perfidia y doblez.

Y vosotros los que ya  
vivís en dulce lazada,  
aplaudid á la casada  
que tales consejos da.

FIN DE LA COMEDIA .



## POST SCRIPTUM..

---

Creo un deber de justicia consignar en esta última página mi agradecimiento á las señoras Fernandez y Valverde, y á los Sres. Mario, Zamacois, Aguirre y Viñas, por el cariño y acierto con que han interpretado sus respectivos papeles, contribuyendo en gran parte al extraordinario éxito que anoche alcanzó esta obra en el teatro de la Comedia, y que me valió la honra de ser llamado repetidas veces al palco escénico.

*El Autor.*

13 de Febrero de 1878.

1 99



TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
Bienes vitalicios.....	3	D. Enrique Zumel.....	»
El corazon de una madre.....	3	José Luis Clot.....	»
El esclavo de su culpa.....	3	J. Antonio Cavestany.	»
El tabernero de las Vistillas ó manolos y franceses.....	3	D. R. G. Santisteban...	»
Haz bien.....	3	Miguel Echegaray...	»
La mancha en la frente.....	3	Sres. C. S. Bravo y Esté- ban Garrido.....	»
Lo que no puede decirse.....	3	D. José Echegaray.....	»
Los bandidos de la Corte de los Milagros.	3	Juan Belza.....	»
Quiero ser pobre.....	3	R. G. y Santisteban..	»
Realistas y Puritanos.....	3	José Luis Clot.....	»
¡Risas y lágrimas!.....	3	L. Mariano de Larra.	»
Vivir á escape.....	3	R. G. Santisteban...	»
Trece de febrero.....	4	José María Diaz....	»
Los bandidos de la corte de los Milagros.	5	Juan Belza.....	»

### ZARZUELAS.

Boda ó muerte.....	1	Sres. Navarro y Nieto...	L. y M.
Entre locos.....	1	D. J. Gaztambide.....	L. y M.
La vecchia Zitella.....	1	Sres. R. del Castillo y N. Manent.....	L. y M.
La voz pública.....	1	Coll y Britapaja y G. Cereceda.....	L. y M.
El laurel de oro.....	2	Granés, Navarro....	L.
La buena ventura.....	2	Álvarez, y Vehils....	L. y M.
La criada.....	2	Vidal y Navarro y Esther.....	L. y M.
Á casarse tocan.....	3	D. José Inzenga.....	M.
Don Juan Tenorio.....	3	Sres. Zorrilla y Manent..	L. y M.
La panadera del Campillo.....	3	C. Nuñez y Granés...	L.
Las campanas de Carfion.....	3	Larra y Planquette..	L. y M.
Los sobrinos del capitán Grant.....	3	D. M. Fdez. Caballero..	M.

Han dejado de pertenecer á esta Galería las comedias en un acto tituladas *El matrimonio secreto; En el cuarto de mi mujer; En la sombra; La nieta del zapatero; La voz del corazon; Very Well*, y la mitad de *El laurel de la Zúbia*; el libro de la zarzuela en un acto *El sargento Lozano*, y el de la en tres llamada: *Una cancion de amor*, obras de D. Antonio Hurtado.

## PUNTOS DE VENTA.

---

### MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2.

### PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.